



POLITICA Y PODER EN LA ARAUCANIA:
APOGEO DEL TOQUI AYLLAPANGUI DE MALLECO,
1769-1774¹

Leonardo León Solís,
Instituto de Estudios Humanísticos,
Universidad de Valparaíso
Departamento de Ciencias Históricas,
Universidad de Chile

Francisco Ayllapangui, del asentamiento arribano de Malleco, fue uno de los toqui más poderosos del Inapiremapu. Los eventos que contribuyeron a su apogeo se situaron en el centro de la disputa por el poder tribal que se desarrolló en los territorios araucanos en la segunda mitad del siglo XVIII; su surgimiento como líder no sólo se insertó en los grandes procesos que sacudieron a la Araucanía en esa época, tales como la expansión hacia el Este pampeano, las guerras inter-tribales y la transformación del antiguo guerrero en conchavador, sino que también fue un reflejo de la situación de paz y coexistencia que prevalecía desde comienzos de la centuria a lo largo de la fron-

Toki Ayllapangui Malleco Tuwi Hueui ka hueugni, 1769-1774. Mis agradecimientos a la Sra. Azucena Torres J., Encargada de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional, que me facilitó la investigación que realicé en Santiago en 1991. En memoria de su tenacidad, bondad, y su gran espíritu de humanista de otros tiempos. Debo agradecer además a Iván Inostroza, y a los estudiantes del Seminario de Historia de Chile de la Universidad de Chile (1991) con quienes discutí algunos de estos temas en mi retorno al país; a Jaime Huenuqueo que nos brindó su amistad mientras acampamos en las cercanías de los llanos de Cholchol, escenario de los eventos que se estudian en este trabajo. (Octubre, 1992).

tera hispano-araucana del río Bio-bio. ¿Quién fue Ayllapangui?, ¿De qué modo se inició su carrera política, orientada a consolidar su poder y el de los guerreros de Malleco?; ¿Cuál fue el impacto de su campaña de malocas en las relaciones intertribales e hispano-indígenas? La búsqueda de respuestas a estas preguntas nos lleva tanto al análisis de las nuevas fuerzas que participaban en la generación del poder político entre los araucanos desde fines de la década del 60, como al estudio de la reformulación del pacto colonial que se hizo entre la monarquía borbona y los principales cacicazgos araucanos durante la administración del gobernador Francisco Xavier de Morales y de su sucesor Agustín de Jauregui.

La historiografía más reciente de la Araucanía ha formulado nuevos conceptos para concebir los principales procesos que afectaron las relaciones fronterizas, ya sea durante los siglos de contacto con la monarquía o bien después con las repúblicas de Chile y Argentina.² Ultimamente, se ha propuesto que el estudio mismo de la sociedad fronteriza refleje la amplia gama de intereses que allí emergían, subrayando la importancia de los hechos políticos para que se abandone la historia de episodios y eventos aislados, que si bien es rica en la anécdota es pobre en el análisis. Desde este punto de vista es necesario hacer hincapié en las diversas relaciones que configuraban el poder y la política fronteriza, tanto entre los indígenas como entre sus vecinos españoles y criollos.³

Entre los indígenas se deben tener en cuenta las diferentes estrategias de adaptación y resistencia de llanistas, pehuenches, arribanos, costinos y huilliches, además de los reducciones cristianizadas y fronterizas y las nuevas agrupaciones que surgían a causa de la expansión araucana en las pampas y

² Sergio Villalobos et al, *Relaciones fronterizas en la Araucanía* (Santiago, 1983); Osvaldo Silva G., «En torno a la estructura social de los mapuches prehispánicos», CUHSO, (Temuco, 1984), vol. 1, pp. 89-115; «Grupos de filiación y territoriales entre los araucanos prehispánicos», *Cuadernos de Historia* (Santiago, 1985), no.5, pp. 7-24; José Bengoa, *Historia del pueblo mapuche* (Santiago, 1987); Sergio Villalobos, et al, *La Araucanía. Temas de historia fronterizas* (Temuco, 1987); Sergio Villalobos, *Los pehuenches y la vida fronteriza* (Santiago, 1989); Jorge Pinto et al, *Misioneros en la Araucanía* (Temuco, 1988); Leonardo León, *Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800* (Temuco, 1991); Jorge Pinto, et al, *Misticismo y violencia en la Araucanía temprana* (Temuco, 1992).

³ Leonardo León, *El pacto colonial hispano-araucano durante la segunda mitad del siglo XVIII*, (Clase Magistral, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, 15. enero de 1992); Osvaldo Silva, « Réplica a una reacción no esperada. Mi respuesta a Tom Dillehay», *Boletín de Historia y Geografía*, (Universidad Blas Cañas, Santiago, 1992), no. 9 pp. 57 y ss.

Patagonia.⁴ También debe considerarse el impacto que tenía en el seno de las agrupaciones tribales las ambiciones y expectativas de caciques, lonkos, ulmenes y capitanes de guerra, sin ignorar la influencia de machis, brujos, curanderos y mocetones. Los grandes cambios territoriales y las nuevas alianzas militares no solo modificaban los mecanismos tradicionales de integración tribal, sino que también corroían las antiguas estructuras sociales familiares para reemplazarlas por lazos de dependencia de índole económica o política. La sociedad nativa tradicional estaba sufriendo grandes transformaciones en un período de transición cultural y social que tenía hondas repercusiones en la vida cotidiana; era una época de notoria recuperación demográfica, expansión geográfica y prosperidad económica en que se comenzaban a privilegiar los intereses particulares de los cacicazgos por sobre los que correspondían a la totalidad de la tribu.

Los intereses de los hispano-criollos tampoco pueden ser reducidos a una sola expresión, en la medida que militares, comerciantes, buhoneros, vecinos y terratenientes, por nombrar los estamentos más visibles en el quehacer fronterizo que tenía su base en Concepción, abogaban por distintas formas de acercamiento con los indígenas y postulaban estrategias propias para consolidar sus respectivos ámbitos de poder e influencia.⁵ Desde España, la casa de borbón tenía sus propios planes con respecto del amplio flanco indefenso de la monarquía en el Atlántico Sur y la extensa costa austral, y desarrollaba desde mediados de siglo una política intervencionista y centralizadora dirigida a reducir la influencia de los patricios criollos en los asuntos administrativos del reino de Chile.⁶ El gobernador, con asiento en Santiago, y el virrey del Perú

⁴ Sobre el proceso de expansión mapuche hacia el Este durante este período, Salvador Canals Frau, «Expansion of the Araucanians in Argentine», *Handbook of South American Indians*, (Washington, 1946), vol. 2, pp. 761 y ss.; Leonardo León, «Las malocas araucanas en las fronteras de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800», *Anuario de Estudios Americanos* (Sevilla, 1987); «Maloqueros, tráfico ganadero y violencia en las fronteras de Buenos Aires, Cuyo y Chile, 1700-1800», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, 26 (Köln, 1989); Raúl Mandrini, «La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX», en Mirta Lischetti, *Antropología* (Buenos Aires, 1987); «La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX)», *Anuario Instituto de Estudios Histórico-sociales* 1 (Tandil, 1986), pp. 11-43; «Los araucanos en las pampas», *Boletín de Historia y Geografía*, (Universidad Blas Cañas, Santiago, 1992), no. 9, pp. 57 y ss.; Horacio Zapater, «La expansión araucana en los siglos XVIII y XIX», en Villalobos, *Relaciones fronterizas*, op. cit., pp. 89-105.

⁵ Mario Góngora, «Vagabundaje y sociedad fronteriza en Chile central, s. 17 y 18», en *Cuadernos de CESU*, 1967; Marcelo Carmagnani, *Les mécanismes de la vie économique coloniale.*; Iván Inostroza, *La formación de una sociedad fronteriza: Concepción 1580-1680* (Manuscrito, Santiago, 1992).

⁶ Nestor Meza V., *La consciencia política chilena durante la monarquía* (Santiago, 1958); John Lynch, *Bourbon Spain, 1700-1800* (London, 1990); *The Spanish American Revolutions* (London, 1989); Jacques Barbier, *Reforms and Politics in Bourbon Chile, 1755-1796* (Ottawa, 1976).

desde Lima, también elaboraban propuestas con respecto a la pacificación de la Araucanía, a las que se sumaban los proyectos de los franciscanos, quienes después de la expulsión de los jesuitas monopolizaron las relaciones con los indígenas.⁷ Las necesidades e intereses de la monarquía eran habitualmente defendidos por el gobernador y, a veces, por los oidores de la Audiencia, mientras que las propuestas de la Iglesia aparecían divididas por las disputas que surgían entre obispos, misioneros y seculares. Gobernador, Audiencia, Iglesia y Cabildo eran los principales protagonistas de la política que se elaboraba hacia los indígenas; por su diversidad de criterios y opiniones, el fruto de sus acciones no era homogéneo ni claro.

Los acuerdos y compromisos que regían el intercambio fronterizo hispano-araucano durante la segunda mitad de siglo XVIII no eran impuestos desde arriba por un gobierno absolutista, ni tampoco eran dominados por un estamento social exclusivo o por alguna tribu o cacicazgo en particular; por el contrario, lo que primaba en el desenvolvimiento de las relaciones de coexistencia entre esos mundos tan dispares, era la constante competencia entre los diversos grupos de intereses y actores que aparecían envueltos en interminables disputas, intrigas y confabulaciones. El faccionalismo, la formación de cliques y la incesante búsqueda de alianzas daban un tono de inestabilidad a la vida política fronteriza del río Biobío; la trama de las relaciones hispano-indígenas era, por sobre todo, rica y compleja, una verdadera puesta en escena de los dramas mayores que sacudían a la monarquía, a la colonias y a los araucanos de aquellos días.

La conceptualización más refinada de la vida fronteriza, sin embargo, ha sido un ejercicio limitado, pues a pesar de los avances que se han hecho en el entendimiento de la historia del contacto entre mapuches y europeos, aún no se ha dado el paso crucial de plantearse una historiografía que dé cuenta del pasado mapuche desde su propia perspectiva; una historiografía que apegada al método histórico tradicional, se plantee problemas, interpretaciones y cronologías teniendo en cuenta los procesos internos de la Araucanía y sus territorios adyacentes en las pampas y Patagonía. Una historiografía que, sin ser indígena en el sentido propio -hecha por mapuche para mapuche-, no sea tampoco un mero reflejo de los eventos que tuvieron lugar en los ámbitos hispano-criollos. En fin, aún no se ha planteado un estudio del pasado en que la sociedad indígena sea el sujeto histórico, los indígenas sus protagonistas principales y que su eje narrativo se sitúe en el mundo de las relaciones sociales tribales. Situados en esta perspectiva, el aporte que se hace a una nueva visión del pasado nacional es necesariamente substancial: es la distancia que existe entre el estudio del

⁷ Holdenis Casanova, «Presencia franciscana en la Araucanía. Las misiones del colegio de Propaganda Fide de Chillán», en J. Pinto et al, *Misioneros, op. cit.*, pp. 121-197; Albert Noggler, *Las Cuatrocientos años de misión entre los araucanos* (Temuco, 1982); Fernando Casanueva, «La evangelización periférica en el reino de Chile», *Nueva Historia*, 5 (Londres, 1983).

Desastre y la Victoria de Curalaba. Los desafíos que plantea el escribir una historia mapuche sin cortar con fuentes directas son diversos y formidables; sin embargo, la riqueza de los testimonios y la abundancia de los documentos, sumados a más de 400 años de observaciones, estudios y reflexión, permiten iniciar este camino sin grandes dificultades ni riesgos metodológicos.

En este trabajo sobre el surgimiento y apogeo del toqui Ayllapangui se privilegia la perspectiva de la historia indígena, a través de un estudio de la actividad política tribal en la segunda mitad del siglo XVIII. Se estudia especialmente el problema de la generación del poder entre los caciques araucanos, y su relación con las guerras tribales entre pehuenches, llanistas, arribanos, huilliches y costinos.⁸]

Todo trabajo historiográfico surge en el ambiente intelectual que crean otros historiadores en torno a un tema; algunos de los planteamientos que se hacen aquí han sido inspirados por la lectura de la bibliografía más reciente. En este sentido es importante el aporte de Jorge Pinto, quien incursionó de modo pionero en el tema haciendo referencia al problema de las guerras internas durante el siglo XVIII, introduciendo el concepto de conflictos horizontales -entre caciques de una misma parcialidad- y verticales -entre caciques y sus mocetones-. Holdenis Casanova se ha referido a los jefes indígenas en el período pre-hispánico y ha llegado a la conclusión que «el poder del jefe se acentuó en el seno de la familia, diluyéndose en forma creciente a medida que se ascendía a la tribu.» Osvaldo Silva ha escrito un importante trabajo sobre el mismo tema, centrando la figura del jefe o toqui en el período más álgido del Flandes Indiano durante el siglo XVI. Durante ese período, observa Silva

«surgieron auténticos jefes, los toquis de guerra, cuyas órdenes eran obedecidas por combatientes pertenecientes a diversos linajes, incluyendo los ancestralmente antagónicos. Apareció también, el caudillaje formándose bandas que seguían lealmente a quienes encabezaban malones y distribuían el botín... En el siglo XVI estaban germinando muchos de los elementos que, interiormente, podrían dar nacimiento a una real autoridad y al aglutinamiento, bajo su amparo, de muchos linajes, división territorial y consanguinea autónoma, típica de las estructuras tribales. Todo ello como respuesta a ese endémico estado de hostilidad y belicosidad que caracterizó las relaciones aborígenes-hispanas durante la centuria.»⁹

⁸ Leonardo León, «La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1765-1796», *Nueva Historia* 5, (Londres, 1983).

⁹ Jorge Pinto, «Frontera, misiones y misioneros en Chile y Araucanía, 1600-1900», en Jorge Pinto et al, *Misioneros. op. cit.*, p. 27; Holdenis Casanova, «El rol del jefe en la sociedad mapuche prehispánica», en Sergio Villalobos et al, *La Araucanía. op. cit.*, pp. 31-45; Osvaldo Silva, «Guerra y trueque como factores de cambio en la estructura social. Una aproximación al caso mapuche», en Guillermo Bravo, edit., *Economía y comercio en América hispana*, (Santiago, 1990), pp. 83-95.

Jimena Obregón ha escrito sobre las guerras tribales en la Araucanía del siglo XVII, enfatizando el impacto de la organización territorial en las disputas por el poder y el esfuerzo que se hace en la sociedad tribal para impedir que «el poder se extienda más allá del grupo local.»¹⁰ Todos estos trabajos constituyen valiosos aportes a la discusión del problema del poder en la Araucanía, especialmente porque subrayan la estrecha vinculación que existe entre la lucha por el poder (interno) y los conflictos inter-regionales (externo). No obstante, cada uno de ellos, con excepción del de Pinto, están referidos a períodos más tempranos, particularmente a la época más sangrienta del conflicto hispano-araucano. Pensamos que el siglo XVIII, es necesario replantear algunos conceptos y categorías porque la situación étnica y social sufrió grandes transformaciones durante esa centuria que modificaron significativamente tanto la estructuración del poder como la distribución de los territorios de los butalmapus mapuches. En este sentido, la historia de Ayllapangui demuestra que a pesar de la «frontera, los parlamentos y (la) acción de los misioneros», como observa Osvaldo Silva, la lucha por establecer bases propias de poder y crear verdaderas dinastías, no había cesado ni concluido.¹¹

[La historia del apogeo de Ayllapangui se trata de conflictos intertribales, que envuelven a grandes agrupaciones (butalmapus), en las cuales se funde la lucha por el poder político -entre lonkos, caciques gobernadores y capitanes de guerra-, con la captura de recursos territoriales y humanos que consolidaban los ámbitos geográficos de cada butalmapu.] El énfasis ha sido puesto en estudiar el problema del poder en un marco cronológico muy estricto y particularizado en la historia del lonko de Malleco; de ese modo se espera evitar generalizaciones que en estos momentos no contribuyen al desarrollo de la historiografía indígena. El contexto histórico está dado por lo menos por tres grandes eventos: el incipiente desarrollo de un nuevo butalmapu -el Inapiremapu o butalmapu piemontano que se intenta escindir del butalmapu llanista-, los esfuerzos pacificadores que realizaron los agentes del monarca borbón Carlos III, encabezados por los gobernadores Morales y Jauregui y, finalmente, la consolidación de las relaciones de coexistencia pacífica entre los principales cacicazgos llanistas, costinos y pehuenches y las autoridades de Concepción a lo largo de la frontera del río Biobío.]

¹⁰ Jimena Obregón I., *Guerra y paz entre los mapuches o araucanos de Chile: guerras interétnicas y guerras intraétnicas a mediados del siglo XVII (1640-1655)* (Documento, Paris, 1991). En la formulación de categorías más amplias, Pierre Clastres, *La sociedad contra el estado* (Barcelona, 1990), que discute conceptualmente el problema del poder (y su eliminación) en las sociedades tribales. Lamentablemente, Clastres no se refiere en su obra al documentado caso mapuche, que quizás le habría permitido entender mejor la evolución histórica de la «lucha contra el poder».

¹¹ Silva, «Guerra y trueque», *op. cit.*, p. 88.

1. El surgimiento de Ayllapangui.

Los primeros testimonios de la carrera militar de Ayllapangui aparecen en relación con la guerra que desataron llanistas, pehuenches y arribanos en diciembre de 1769 contra las fuerzas hispano-criollas de Concepción.¹² Después de describir el exitoso malón encabezado por los pehuenches Leviant y Guerenunantu contra las haciendas de la Isla de la Laja, el cronista-soldado Carvallo Goyeneche manifestó que se unieron a la guerra los conas del butalmapu de la cordillera que habían permanecido en paz, «bajo la conducta del toqui Ayllapangui, i avanzaron a la Plaza de Purén (12 de diciembre de 1769) con tal tesón, que no les amenazaba el fuego.»¹³

Ayllapangui y sus hombres huyeron con los ganados de la guarnición y no presentaron batalla a los afligidos defensores del fuerte. Posteriormente, en agosto de 1770, una partida de guerreros provenientes de los asentamientos subandinos o piemontanos asalto nuevamente Purén, quemó las casas y causó la muerte de doce familias, incluidas mujeres y niños, para retirarse con los caballos y ganados de los colonos. Probablemente este ataque fue liderado por Ayllapangui y sus capitanes de guerra.

El creciente poder que comenzó a detentar Ayllapangui como capitán cona de la tribu llanista aparece confirmado por un incidente que ocurrió a mediados de diciembre de 1770. En esa oportunidad, el lonko Francisco Cordova y Curiguillin, alias Guincal, fue apresado por los conas de Ayllapangui en las cercanías del vado del río Malleco, cercano a los rehues del toqui.

«Nos llevaron a la casa del capitán Ayllapan día martes y nos quitaron los dos Casiques y el miércoles estuvimos todo el día aguardando la razón del Casique Ayllapan; el Jueves vino la orden para que nos llevasen para abajo de Chacaico de la otra banda de Malleco para aberiguarnos en que andabamos o pa. donde ibamos; llegamos a la Junta de todas las Parcialidades de Chacaico, Malleco, Quechereguas y algunas que vinieron de Angol y Pehuenches que se hallaron en esta junta... y nos dijeron que dijeseamos en que diligencias andabamos, pues ahora haveis de decir todo lo que sabeis y donde vais pues andais de noche a lo que les dijimos: somos embiados por Nuestro Capitán General nos mando que fueseamos a llamar a Antibilu y Curiguill, y a eso bamos les dijimos; a lo que ellos responden que asta quando se quiere cansar (el Gobernador) de llamar a Antibilu el Sr. Presidente pues de nosotros no hace juicio pues de

¹² Leonardo León, *The policy towards the Araucanian Indians in Argentina and Chile during the XVIII and XIX Centuries*, (Ph. D. Thesis, University of London, 1992?), caps. 1, 2 y 3.

¹³ Vicente Carvallo Goyeneche, «Descripción histórico-jeográfica del reino de Chile», *Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional* (45 vols., Santiago, 1875-), vol. IX, p. 370.

aquí no haveis de pasar, y sepa el Sr. Presidente que estamos de tranca aquí, ni de alla han de salir ni de aquí para alli han de pasar, que si quiere ver la cara de Antibilu y Curiguill que despache a Levigueque con una prenda de los Peguenches cacique de Olco qualquiera que sea es bastante, para que vea la cara de Antibilu y Curiguill y mientras de eso no hibiere estara como siempre. Y la respuesta espero dentro de 6 días.»¹⁴

El lenguaje de Ayllapangui reflejaba la arrogancia de los capitanes militares. En su caso, el poder que detentaba descansaba sobre la fuerza combinada de los principales cacicazgos llanistas: Angol, Quechereguas y los pehuenches de Lolco; estos cacicazgos habían sido los principales protagonistas de la guerra de 1769 y 1770 y en esos momentos conformaban la principal alianza militar araucana. Casi tres meses más tarde, el toqui emergió una vez más en el ámbito fronterizo, esta vez a la cabeza de los guerreros que concurrieron al parlamento de Negrete a presenciar la firma del tratado de paz con los hispano-criollos. De acuerdo a Carvallo Goyeneche, el 25 de febrero de 1771, el «general» Ayllapangui concurrió al sitio del parlamento de los llanos de Negrete con

«cinco o seis mil indios ... para sostener a los que concurrieron al congreso. Este hecho fue, según sus ritos, signo evidente de que no procedían de buena fe, ni de paz, i así lo hicieron conocer sus posteriores operaciones.»¹⁵

La presencia de Ayllapangui con una fuerza tan formidable de guerreros araucanos fue interpretada erróneamente por Carvallo Goyeneche y los historiadores posteriores. Ayllapangui, se presentó al parlamento de Negrete con sus conas para brindar protección a los caciques de los cuatro Butalmapus allí reunidos, quienes parecían estar informados de los planes de los soldados hispano-criollos de llevar a cabo una matanza del liderazgo indígena; el propio cronista describe la conspiración de los oficiales del ejército fronterizo para descabezar los cacicazgos, y vengar de ese modo las humillaciones y derrotas pasadas. Se ha señalado que debido a este complot el gobernador Morales abandonó rápidamente el sitio del parlamento. Con su presencia armada en los llanos de Negrete, el toqui Ayllapangui solamente cumplía con su deber como capitán militar de proteger a los caciques y mocetones en el curso de un delicado parlamento destinado a establecer la paz y que era abiertamente obstaculizado por el ejército fronterizo.

Los acuerdos suscritos en Negrete por los indígenas con el gobernador Brigadier General Francisco Xavier de Morales fueron especialmente significa-

¹⁴ «Declaración de Francisco Cordova, Alias Guinca, Angol, 19 de diciembre de 1770», *Archivo Nacional, Fondo Varios*, vol. 288, ff. 012 y ss.

¹⁵ Carvallo Goyeneche, *op. cit.*, pp. 371.

tivos.¹⁶ De una parte se consiguió eliminar definitivamente el proyecto de fundación de pueblos en la Araucanía y se puso fin a los planes expansionistas que a fines de la década del 60 abrigaron los elementos más influyentes del patriciado local. Como manifestara el gobernador en los días previos a la reunión con el liderazgo indígena, el objetivo del congreso fue la defensa irrestricta de los intereses de la monarquía. Según Morales en Negrete debían quedar

«asentadas las paces y perdonado a los Ynfieles el delito de su alzamiento (porque) confesaron ser vasallos de nuestro soberano como lo han protestado en cuantos parlamentos han precedido, y se establecieron los puntos más esenciales a la más segura tranquilidad del Reyno y a mantenerse a los propios indios en equidad y justicia... para concederles la gracia que con instancia me pidieron confesando su error y prometiendo su arrepentimiento y entre aquellas reflexiones no fue menor la del recelo de rompimiento de guerra con estraña potencia... encargandome la mayor vigilancia y celo en los puertos y costas de esta presidencia contra los designios de la nación inglesa resentida de la expulsión de Puerto Mont (sic) de los ingleses establecidos en el y de que aceleraban un fuerte armamento que sin duda tendría su objeto a estos dominios ...»¹⁷

Una vez realizada la reunión, Morales escribió una extensa carta a la corte dando cuenta de los acuerdos que se alcanzaron con los caciques más influyentes de la Araucanía. En ella anotaba con claridad lo que debía constituir la base de las nuevas políticas de España hacia los indígenas:

«Lo que más debe contribuir a afianzar esta tranquilidad y sujeción de los Infieles estriba en mantenerlos en equidad y justicia sin que esperimenten la menor vejación en los contratos que se les permiten y en la buena correspondencia con los demás vasallos de Su majestad.»¹⁸

¹⁶ León, *The Policy towards*. se analiza extensivamente la gestión del gobernador Morales en el reino.

¹⁷ «El Presidente Interino de Chile da cuenta a V.E. (J. de Arriaga) de la proximidad con que quedara concluido el parlamento con los indios e informa del estado de los puertos de esta Jurisdicción y de las providencias que tomara para su mejor defensa contra los desvíos de los ingleses, 18 de febrero de 1770», *Biblioteca Nacional, Biblioteca Americana, Colección de Manuscritos Medina*, vol. 192, f. 159 y ss. En adelante se citará *MM*.

¹⁸ «El Presidente interino de Chile da cuenta con auto a V. E. de haber celebrado Parlamento con todos los indios de esta frontera asentando en el las Paces con el mayor decoro de nuestras armas y dado otras providencias en utilidad y beneficio de la causa pública y de todo el Reyno, 4 de abril de 1772», *MM* 192, f. 167 y ss.

Los miembros de la elite hispano-criolla chilena acogieron con frialdad los acuerdos de Negrete, porque estimaron que el agente de Carlos III claudicó los intereses del reino en beneficio de un proyecto imperial de escasa relevancia a los asuntos del país. No obstante, en su condición de vasallos del rey, políticamente aparecieron envueltos en la nueva fase de relaciones pacíficas que se establecieron con los cacicazgos araucanos. Lo más importante fue que los acuerdos aparecían ratificados por una nueva generación de líderes indígenas, cuyas posiciones de poder ya no eran solamente legitimadas por el prestigio que otorgaba el reconocimiento de su señorío por los hispanos, sino también por las victoriosas campañas militares que llevaron a cabo contra los hispano-criollos en 1765, 1770 y 1771.¹⁹ No menos significativa fue la participación en los acuerdos del gobernador Morales, militar profesional y de rango que mantenía estrechas conexiones con la corte de Madrid y el monarca hispano. Interesado en eliminar los conflictos «internos» para privilegiar la defensa continental de los territorios de la monarquía en los flancos australes de América, el representante de Carlos III reconoció la autonomía territorial de los indígenas a cambio de una alianza político-militar entre estos y la corona. Esta política de alianzas, basada en los conceptos de «equidad y justicia», constituyó el fundamento del nuevo pacto colonial que se forjó entre las autoridades metropolitanas y los vasallos indígenas del cono sur americano.

El parlamento de Negrete constituyó la instancia política en que volvieron a articularse los intereses de la corona, de los lonkos y de los criollos, estableciendo una curiosa tríada de poder que allí en adelante determinaría el des-envolvimiento de los contactos formales entre los habitantes de la frontera; pero allí también se consagraron los intereses universales de la monarquía, por sobre las pasiones y aspiraciones particulares de los protagonistas de la vida económica y política del reino y la Araucanía. Para el monarca borbón y sus agentes, no existían privilegios que distinguieran a sus vasallos españoles, criollos o indios, ni intereses más importantes que los del Estado.

Los efectos pacificadores de los acuerdos de Negrete se hicieron sentir casi inmediatamente. Como manifestara el propio Morales,

«por todo respecto reconozco la felicidad en el logro de las paces con los Yndios con tantas ventajas de nuestra parte y espero su constancia como lo van demostrando con habersenos presentado en las inmediaciones de la villa de San Fernando del distrito de Colchagua, dos emisarios del principal cacique de la Nación Chuiquillana, prometido su fidelidad y ninguna hostilidad a la frontera de la Provincia de Mendoza, ni a los pasajeros a la de Buenos Aires; con haberme in-

¹⁹ Leonardo León, «El malón de Curiñancu. El surgimiento de un cacique araucano, 1764-1767», *Chile, Historia y bajo Pueblo*, (Proposiciones, 19, Santiago, 1989); Holdenis Casanova, *Las rebeliones araucanas durante el siglo XVIII* (Temuco, 1987); Anónimo, «Relación de los levantamientos de indios durante el siglo XVIII», *Cuadernos de Historia 2* (Santiago, 1985), con una nota introductoria de Luz María Méndez.

formado el Comisario de Naciones (que a pedimento de todos los indios de ese nombrado en la frontera) que el cacique Curiguillin de la reducción de Tub Tub celebraba parlamento entre los suyos para radicar mas las promesas que me tenia hechas; y que los demás caciques seguirian su ejemplo con plausibles demostraciones de sus regocijo en que se han esmerado los Pehuenches, renovando la antigua correspondencia que siempre han profesado con los Españoles.»²⁰

La voluntad de los caciques de ratificar masivamente los acuerdos de Negrete dio lugar a un extraordinario proceso de consulta a través de las tierras araucanas. Efectivamente, a través de 1772 la Araucanía fue el escenario de diversas juntas de indios, la mayoría de las veces presididas por el Comisario de Naciones o los capitanes de amigos, durante las cuales se discutieron en cada comunidad las capitulaciones de Negrete. Este hecho no podía ser más paradójico, especialmente si se tiene en cuenta la imagen que nos proporciona la historiografía tradicional de la sociedad tribal araucana como un mundo de «behetrías» en el que no existía «Ley, Dios ni Rey»; por el contrario, como quedó demostrado por las actas de aquellas reuniones, al sur del Biobío existía un orden social estructurado que permitió por primera vez en el país la discusión amplia de las propuesta de paz del representante del rey borbón. Este proceso de «consulta» concluyó con una petición unánime de los cuatro butalmapus de celebrar un segundo parlamento con el gobernador en la capital del reino, para confirmar formalmente las capitulaciones suscritas en 1771. Francisco Xavier de Morales aceptó esta petición y realizó en Santiago uno de los parlamentos más pomposos de la Colonia durante el cual se recibió a los jefes tribales como verdaderos representantes de un país vecino.

El proyecto de pacificación y la consideración y el respeto mostrado por el representante del monarca hacia los jefes mapuche, fueron vistos por los patricios criollos como un signo de debilidad que solamente contribuía al resurgimiento de la rebeldía indígena. Según Carvallo y Goyeneche, una vez concluido el parlamento de Santiago, Ayllapangui y sus maloqueros comenzaron a asolar la región de la Isla de la Laja. El toqui de Malleco, escribió el cronista,

«enviaba con frecuencia dos o tres partidas por diferentes partes, y apostaba sus centinelas en los cerros más elevados que tienen sobre el Biobío, para observar los movimientos de los españoles, i avisar de ellos a sus partidas por medio de las señales que les daba, i le salió tan bien esta operación, que no daba golpe en vano.»²¹

²⁰ «Morales a Arriaga, 4 de abril de 1771», *MM* 192, f. 173.

²¹ Carvallo Goyeneche, *op. cit.*, p. 373.

Años más tarde, Ambrosio Higgins con la intuición que le fue característica en su trato con los araucanos, logró en parte dilucidar la dinámica de las escaramuzas maloqueras que inició Ayllapangui. Según Higgins, las acciones del toqui se orientaban a la movilización de las fuerzas militares necesarias para acorrallar al liderazgo tribal tradicional, y hacer inevitable la guerra contra los hispano-criollos. Al respecto, el capitán irlandés manifestó:

«este cacique, aunque poco después de las pazes de Negrete de 1771, no pudo ocultar sus aversión al sosiego, sembrando siempre la semilla de la sedición entre las reducciones inmediatas, autorizó los robos y correrías contra los españoles, y aunque con el colorido aparente de acceder a la pacificación general, nunca se apartó de los perversos intentos de volverse a alzar, pues solo aguardaba fortificar entre los Yndios competente partido para declarar sus proyectos.»²²

Así, mientras el resto de las tribus emprendían el camino de la paz y la coexistencia, Ayllapangui y sus conas comenzaron a perfilarse como el segmento disidente y contestatario; sus operaciones maloqueras en la frontera del Biobío más que destinadas a capturar ganados y bienes, estaban dirigidas a mantener vivo el fuego de la pasada guerra y por esa vía fortalecer el papel de los capitanejos de guerra y las sociedades militares que habían sido debilitadas con la firma de la paz. Como en otras ocasiones, los conas actuaban aislados, a la espera de que sus pequeñas acciones fueran creciendo con fuerza e intensidad hasta arrastrar al resto de la sociedad a la confrontación bélica. Paralelamente, el robo de ganados y la acumulación paulatina de un considerable prestigio militar contribuían al fortalecimiento político y material del cacicazgo de Malleco.

El alcance político de una campaña que intentaba revivir la guerra hispano-indígena era limitado, mucho más todavía cuando las demás tribus se habían inclinado mayoritariamente a aceptar las propuestas de tregua y compromiso que les ofreció el gobernador Morales. No obstante, la paz con los españoles no solucionaba todos los problemas de la sociedad tribal. De las situaciones no resueltas, quizás la más importante eran las sangrientas guerras internas y disputas tribales que asolaban a los linajes araucanos.²³ Es cierto que la guerra de 1765 y 1770 y el ascenso a las instancias de poder de una nueva generación de lonkos y ulmenes, puso fin temporal a los conflictos intestinos que sacudieron a la Araucanía durante las décadas previas, pero una vez que comen-

²² «Higgins a Jauregui, 20 de febrero de 1777», *MM.*, vol. 196.

²³ León, *El malón de Curiñancu. op. cit.*, da cuenta de la ferocidad que adquirieron estos conflictos a fines de la década del 60; Leonardo León, «La corona española y las guerras intestinas entre los indios de Araucanía, Patagonia y las Pampas, 1760-1806», *Nueva Historia*, 5, (Londres, 1982), pp. 31-67, proporciona una visión global de la actitud que asumió la corona hacia las guerras tribales; véase además Casanova. *Las rebeliones. op. cit.*, *passim*

zaron a arraigarse nuevamente las relaciones pacíficas con los hispano-criollos, y la autoridad del nuevo liderazgo tribal fue finalmente consolidada, las viejas luchas entre los linajes por territorios y recursos económicos tales como el ganado y la sal transandina resurgieron con inusitado vigor. Las contradicciones tradicionales que separaban a los cacicazgos y los butalmapus fueron engrosadas por los conflictos que generaba la lucha por la influencia política y el constante afán de cada etnia por participar en el jugoso comercio de caballos, ganados, ponchos y otros artículos que se mantenía con los villorrios y fuertes. La paz con los europeos dió paso a la guerra entre los linajes de la Tierra. A partir de fines de 1772, el mal crónico de la sociedad tribal, -la incesante guerra del «hombre contra el hombre» que describió Hobbes-, floreció con energía en los reinos al sur del Biobío.

Las primeras manifestaciones de las guerras tribales consistían en pequeñas malocas de acoso y hostigamiento entre los cacicazgos. Si bien su escala era reducida, de todos modos su expansión amenazaba con romper el estado de paz entre españoles y araucanos por sus secuelas de violencia, cautiverio de mujeres y niños, y muertes de caciques y mocetones. Las divisiones, el faccionalismo y las guerras inter-tribales seguramente favorecían los planes de pacificación y manipulación que implementaban los hispanos-criollos, especialmente porque la violencia indígena disminuía el poder de los guerreros; no obstante, debido a la fragilidad de la red de relaciones sobre la cual descansaban los contactos fronterizos, era de esperar que los conflictos entre los linajes pronto degeneraran en guerras masivas cuyos efectos se harían sentir en el resto del reino. Así por razones prácticas más que éticas, y para impedir un deterioro de la situación militar en la frontera de Concepción, las autoridades coloniales convocaron a una junta en Los Angeles a los principales caciques de la Araucanía.

La junta hispano-indígena de Los Angeles tuvo lugar el 21 de noviembre de 1772 y fue atendida por más 255 parcialidades, 49 capitanejos y más de mil mocetones. El objetivo de la junta fue, según Carvallo, amonestar a los caciques «sobre su conducta i sobre sus transgresiones de la paz de Negrete, i sobre la falta de fe en lo estipulado en la conferencia de la capital....»²⁴ De acuerdo al cronista, el maestre de campo acusó al liderazgo indígena de no respetar los acuerdos de paz y amenazó con la pena de muerte a los maloqueros que fueran sorprendidos robando animales en las estancias.

A pesar del acuerdo expresado por los caciques en la junta de Los Angeles de poner fin a las malocas, los conas continuaron con sus hostilidades. Esta situación, de acuerdo a Carvallo Goyeneche, fue ignorada por Morales, quien desestimó sistemáticamente las alarmantes noticias que le enviaban los oficiales de la frontera. Haciendo eco del poco simulado rencor que provocó Morales con su política de pacificación entre los cuadros más antiguos del ejército y el patriado local, el cronista argumentó que la actitud negligente y descuidada

²⁴ Carvallo Goyeneche, *op. cit.*, p. 373

del gobernador fue motivada por que sabía que se acercaba ya el fin de su mandato.

El celo reformista demostrado durante su administración Morales marcó el comienzo de lo que constituiría una nueva fase en la política imperial metropolitana hacia los territorios del sur. Es cierto que el brigadier realizó su gestión sin considerar la reacción adversa de la aristocracia local, pero su conducta obedecía más bien al nuevo espíritu que movía a los representantes de Carlos III en el Nuevo Mundo que a sus propias inclinaciones personales. El quiebre del antiguo consenso que hacía posible el gobierno colonial: ese era el precio de la reforma; como se desprende de los testimonios del propio Morales, el fin del consenso y el nuevo sitio privilegiado que se otorgó a los intereses de la corona fue un precio adecuado en la evaluación del gobernador. Al dejar el mando del gobierno interino que asumió por accidente, el general peninsular manifestaba su

«satisfacción de halla todas estas provincias en la mejor constitución que prescriben las leyes y demanda la razón política de estado; sus fronteras se mantienen en tranquilidad y paz dando repetidas pruebas los indios de su constancia y fidelidad y desterrados con pocos ejemplos los abusos que cometian algunos españoles con robos de ganados y de efectos prohibidos para comerciar con los indios, los presidios abastecidos de lo necesario a sus conservación y defensa; en los corregimientos florece el buen orden y viven satisfechos sus moradores por la integridad de los que los mandan... se observa el mayor arreglo en los tribunales y demas juzgados de donde procede el mejor servicio de ambas magestades y las mas ordenada distribución de justicia en todas sus esenciales partes; solo el Real Erario permanece exausto por los indispensables gastos causados en la pasada guerra contra infieles y por los que se ocasionaron en el entretenimiento del batallon de infanteria, partidas de caballeria y compañía de artilleria que destinó el Rey para la defensa de este reino...»²⁵

El testimonio de Morales constituye una confesión detallada del programa de cambios que perseguía el reformismo borbón. Una lectura de contrapunto nos llevaría al ámbito de anarquía, irracionalidad, incompetencia, corrupción, desorden, latrocinios y derroches que los agentes de la monarquía metropolitana vislumbraban en las colonias periféricas y que pretendían reformar a costa de un quiebre del consenso que se había articulado entre el monarca y sus vasallos lejanos. De especial interés para el desenvolvimiento de las relaciones hispano-araucanas fue el énfasis que puso Morales en su gestión pacificadora hacia los araucanos, elemento que repitió en una comunicación que envió el Conde de Aranda antes de salir de Chile. Allí, Morales reiteraba su mayor satisfacción «de dejar todas estas provincias en sosiego y disfrutando los benefi-

²⁵ «Morales al virrey Amat, 5 de marzo de 1773», *MM.*, vol. 193, f. 204.

cios de la paz que conseguí establecer con los indios de estas fronteras.»²⁶ Morales hizo hincapié en la pacificación de los araucanos porque a nivel internacional y en términos fiscales, los administradores metropolitanos apreciaban la eliminación de un frente militar y la reducción de gastos para el real erario. Las sensibilidades y aspiraciones de los patricios locales estaban muy lejos de preocuparles.

El legado político de Morales incluía el fin de la guerra de 1769- 1771, la paz de Tegrete y Santiago y el haber impulsado con energía y firmeza los primeros intentos reformistas en la administración del país. Pero su gestión estuvo más bien encaminada a eliminar el problema que creaba al gobierno metropolitano la creciente independencia política y el alto grado de influencia que habían adquirido los patricios; no pertenecía a su programa la resolución de problemas como el surgimiento de Ayllapangui.

Francisco Xavier de Morales dejó Chile a principios de marzo de 1773, en los momentos en que Ayllapangui se encontraba dispuesto a asolar con 400 lanzas la región de la Isla de La Laja. Carvallo Goyeneche, comandante en esos días de la plaza de Los Anjeles, fue informado de la maloca que organizaba Ayllapangui por el comisario de naciones Miguel Gomez. Por medio de un plan que consistió en simular una guarnición dotada con más hombres de los que realmente tenía, el cronista-soldado consiguió engañar a Ayllapangui y le disuadió de sus intentos. «Con este sencillo ardid, observó en su *Descripción Histórico-jeográfica* con un dejo de ironía-evité la desolación de la isla de la Laja, i facilité el inútil establecimiento de embajadores.»²⁷

El nuevo consenso consagrado por los tratados de paz de 1772, ayudó a quebrar el patrón tradicional de las malocas contra las estancias y localidades fronterizas. Los maloqueros llanistas de Maquegua, Quechereguas, Angol y Repocura comenzaron una vez más a emprender el camino hacia los pasos cordilleranos del sur, con el objeto de aumentar sus recursos ganaderos con animales extraídos de las estancias transandinas de Cuyo y Buenos Aires. Para ello contaban con el apoyo de los huilliches asentados en Neuquén y Limay. En abril de 1773, el nuevo gobernador de Chile Agustín de Jauregui comunicó al virrey de Buenos Aires Juan José Vértiz las noticias que recibía desde Concepción relativas a una gran invasión que organizaban los «Guilliches y los Maquehua (que se) disponían a marchar unidos a robar las haciendas de la jurisdicción de Buenos Ayres...»²⁸

Las noticias de la invasión que se preparaba contra las localidades transandinas fueron seguidas por rumores que anunciaban un gran malón contra los puestos fronterizos del Bio Bio. Al respecto, el comandante interino de la frontera informaba en abril de 1773 que eran repetidas «las noticias de intentar los Yndios Ynfielos nuevos asaltos a la Ysla de la Laja y Potreros ymmediatos a la Plaza de Arauco con el fin de robar los ganados que mantie-

²⁶ «Morales a Aranda, 23 de marzo de 1773», *MM.*, vol. 195, f. 162.)

²⁷ Carvallo Goyeneche, *op. cit.*, p. 381.

²⁸ «Jauregui a Arriaga, 1ro. de agosto de 1773», *MM.*, vol. 192, f. 183.

nen los españoles en aquellos pagos...». ²⁹ El maestro de campo Sematnat «re-celaba», que se preparaba un nuevo levantamiento general, el cual era disimulado por los preparativos que hacían los «indios de los Llanos y los de Mamelmapu» quienes «se hallaban determinados a dar guerra a un cacique enemigo suyo llamado Nancubilu, con el fin de matarlo, para lograr la desprevenición de los españoles...» ³⁰

La movilización de los maloqueros creaba justificados temores entre los comandantes fronterizos, siempre expuestos a los cambios de planes de los capitanes-conas y ansiosos de que, con medios materiales muy precarios, sus soldados no pudieran resistir el embate de los guerreros. De otra parte, el creciente flujo hacia el Este y el retorno de las partidas con cuantiosos hatos, bienes y mujeres cautivas, provocaba desequilibrios regionales, alteraba la balanza de poder étnico, generaba envidias y era causa de nuevas confrontaciones intertribales. Más que ningún otro evento, el choque de intereses entre maloqueros, lonkos y guerreros constituía el más poderoso factor en la inestabilidad fronteriza y era la causa directa del estado de casi permanente alerta en que mantenían los fuertes hispano-criollos; las guerras entre los linajes eran solamente un prelude de las confrontaciones mayores que de tiempo en tiempo tenían lugar contra los europeos. Por esta razón, a pesar del corto tiempo que llevaba en el mando del reino, Jauregui percibió el problema de las guerras tribales como un serio obstáculo para el desenvolvimiento de las relaciones pacíficas entre españoles e indígenas. En su comunicación al Secretario del Consejo Julián de Arriaga de agosto de 1773, el gobernador de Chile apuntaba que

«la diversidad de Naciones y la oposición que tienen entre si, es causa de la tranquilidad de unas no sea transcendental a todas, lo que acaba de apreciarse en lo que aviso el citado Maestro de Campo con fecha de trece de Julio próximo pasado, acompañando la declaración que recibió el capitán de amigos Ramon Barron que fue a la Concepción de mensaje del cacique don Ignacio Llancagueno, a quien se había dirigido la flecha, que es señal de alzamiento de estos infieles, y que haviendola pasado a varias reducciones el Yndio que la conducía desde Purén el Viejo adonde la había despachado el cacique don Agustin Curiñanco, causa de las inquietudes pasadas y presentes, se había negado a recibirla el cacique Curimilla, de la reducción del tercio mediante, (con) lo que se descubrió la reprobada intención del referido cacique Curiñanco,...» ³¹

²⁹ «Jauregui al rey, 25 de octubre de 1773», *Biblioteca Nacional, Colección de Manuscritos Barros Arana, Manuscritos Históricos*, vol. 2, f. 560. Citado en adelante MBA.

³⁰ «Jauregui a Arriaga, 1ro. de agosto de 1773», *MM.*, vol. 192

³¹ *Ibid.*

La posible participación de Curiñancu en los nuevos preparativos militares que se registraban en los rehues indígenas presagiaba el resurgimiento de la guerra que había desfinanciado el reino. Sin embargo, no existían mayores antecedentes de descontento ni inquietud entre los nuevos líderes araucanos que justificara una nueva fase de hostilidades, lo cual hacía sospechosos los rumores que llegaban hasta Santiago. Jauregui demostró estar consciente de las distorsiones que causaban algunos sujetos fronterizos interesados en mantener vigente la imagen del indio belicoso y maloquero, siempre dispuesto a la guerra. Como manifestara el gobernador, se había ordenado a los comandantes de los fuertes que se mantuvieran alertas

«no obstante de estar persuadido a que estas y otras frecuentes noticias de igual naturaleza no son dignas de aprecio por emanar las mas de las veces de algunos particulares que se interesan que surtan los efectos que desean...»³²

En otra comunicación, escrita a mediados de octubre de 1773, el gobernador reiteró sus apreciaciones, manifestando que a pesar de las providencias que se tomaban para obstaculizar las actividades de los maloqueros indígenas, los vecinos de la frontera vivían intranquilos

«por la facilidad con que se profieren y propagan los anuncios de funestos sucesos en perjuicio de aquellas gentes en quienes es fácil toda bulgar impreción con motivo de lo que han padecido en las ocurrencias de la próxima pasada guerra en sus Personas y haciendas...»³³

En la misma comunicación, Jauregui apuntaba que era manifiesta

«la ligereza de los autores de dhas. noticias, su inconsequencia, y ningún fundamento que conosio muy bien su Señoría (eran) para no permitir que se sacasen las milicias de los Partidos, se formasen campos volantes, ni que se hiciese el menor gasto a la Real Hacienda con esas prebenciones perturbativas de la paz, y que hubieran sido causa de una general sublevación...»³⁴

En medio de las manipulaciones políticas y la diversidad de intereses particulares que estructuraban las relaciones hispano-araucanas, Jauregui trató de eliminar las nuevas tensiones fronterizas y, al mismo tiempo, sofocar el brote de las disputas tribales. Para ello concibió la idea de mantener como rehenes en

³² «Jauregui a Arriaga, 1ro. de agosto de 1773», *MM.*, vol. 192.

³³ «Jauregui al rey, 25 de octubre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 561.

³⁴ «Jauregui al rey, 23 de octubre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 562

Santiago a los hijos de los principales jefes indígenas. La oportunidad se brindó el anuncio del malon contra Maribilu que organizaban los caciques Nicolas Manquel y Francisco Catigueno, quienes fueron ordenados a entregar

«cada una a dicho Maestro de Campo un hijo en prueba de su lealtad al Rey Nuestro Señor, prometiendo ejecutar lo mismo otros dos caciques nombrados Levan y Curin de la Nación Pehuenche, con muy expresivas protestas de manifestarse siempre fieles y sujetos a lo que se les mandase por esta Capitanía General.»³⁵

2. Los embajadores araucanos.

El plan del gobernador de mantener a los hijos de los principales caciques en calidad de rehenes para asegurar la paz tenía sentido en un contexto local, pero era poco práctico si se pensaba controlar de ese modo a todos los cacicazgos araucanos. Aún más, el sistema dependía de la voluntad de los caciques, de sus intereses personales y de las contingencias de las relaciones intertribales. Teniendo en cuenta que los capitanejos y conas que emprendían el camino de la guerra la mayoría de las veces carecían de status frente a los hispano-criollos, lo más probable era que los principales protagonistas de los conflictos no entregaran hijos a cambio de la paz, simplemente por que nadie se los pediría. El sistema de hijos rehenes era un sistema de dependencia y control personal, no institucional. ¿Podía un sistema tan singular y restringido poner fin a las malocas?; ¿Eran las malocas y las guerras tribales el único problema que requería solución?

Una vez que se firmaron los tratados de Negrete y Santiago, el reino de Chile sufrió el impacto de la severa crisis financiera que provocó el cuantioso gasto de la guerra. El ejército de la frontera, aumentado sustancialmente con las tropas profesionales que llegaron al reino con Morales, enfrentaba a fines de 1772 serios problemas de abastecimiento, mantención, y recursos que degeneraban continuamente en explosiones de indisciplina y desobediencia; las tropas del rey no solo carecían de infraestructura sino que escasamente satisfacían las expectativas de la administración. Como observara Jauregui en una carta de octubre de 1773, incluso los fondos destinados a comprar agasajos y regalos a los caciques que visitaban los fuertes estaban exhaustos. Al respecto, el gobernador escribía, «que con la reiteración de Juntas y Parlamentos de Yndios han regresido los gastos de su Real Hazienda y consumido el caudal del Ramo de Agasajos de Yndios tan enteramente...»³⁶

Sin embargo, no eran tan solo los agasajos los que se habían agotado. Como manifestara el maestro de campo en una carta de comienzos de diciembre de

³⁵ «Jauregui a Arriaga, 1ro. de agosto de 1773», *MM.*, vol. 192.

³⁶ «Jauregui al Rey, 23 de octubre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 563.

1773, ya no era posible proveer de víveres las guarniciones «por causa de no haver caudales en estas reales Arcas...»³⁷ Concepción misma, la base del ejército de la frontera, no se encontraba en mejor pié después de las pérdidas que sufrió «en la última guerra, como por la continuación de robos que han ejecutado los Yndios por cuio motivo es imposible el que puedan dar caballos para la havilitacion de la tropa...»³⁸ Respecto a los comerciantes de la ciudad, el maestre de campo observaba con desolación «que no ai sugeto de caudal en este destino, y lo otro que luego que recogen algun causal lo emplean en su giro...»³⁹ A fines del mismo mes, el maestre de campo reiteraba sus quejas respecto a la falta de recursos militares solicitando la movilización de las milicias, y la asignación de un prest adicional. «Tengo hecho presente, escribió Sematnat, como no ai caballos ni dinero con cuia falta no puedo tomar las providencias que son necesarias.»⁴⁰ Higgins, a cargo de un destacamento apostado para sofocar cualquier intento de invasión llanista contra los potreros de La Laja o de la costa de Arauco, manifestaba que la mejor arma para combatir a los indígenas era un acopio de buenos caballos para el remonte de la tropa, pero que sus tropas y milicianos se hallaban «quasi a pie» por falta de recursos, «muy expuestos a recibir insultos de los Yndios sin poderlos seguir ni castigar según lo acredita demasiado la experiencia en tiempos pasados»⁴¹

El dramatismo de los testimonios de los principales jefes del ejército imperial en la Araucanía adquirió rasgos verdaderamente patéticos en una comunicación enviada por el comisario de naciones Gomez al maestre de campo a principios de enero de 1774. Allí, el veterano Balthasar Gomez manifestaba que los rebeldes eran contenidos «a fuerza de mi dinero gastando insesantemente todos los días motibo de hallarme destituido yo y toda mi familia sin tener una camisa que ponerme...»⁴² El discurso de los principales soldados era desesperado, pero a pesar de las exageraciones no reflejaba otra cosa que la realidad. En las fronteras del imperio, el poder y la opulencia de la corona languidecía.

En este contexto de crisis el gobernador Jauregui pensó en dar el paso extraordinario de asegurar la paz a través de la instauración de un sistema formal de representantes indígenas en la capital del reino. Como manifestara en una carta del 23 de octubre de 1773, se había hecho necesaria la designación de los embajadores para

«solidar las Paces, ebitar temores, livertar a la Real hazienda de tantos y tan repetidos gastos, y conseguir la satisfaccion y tranquilidad comun del Reino, que no se ha podido conseguir solidamente hasta aora: mayor reconocimiento de los Barbaros Ynfieles al Rey Nuestro

³⁷ «Sematnat a Jauregui, 3 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 577.

³⁸ *Ibid.*

³⁹ *Ibidem.*

⁴⁰ «Sematnat a Jauregui, 28 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 625.

⁴¹ «Higgins a Jauregui, 3 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 582.

⁴² «Gomez a Sematnat, 11 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, f. 663.

Señor: q. se proporcione y facilite por el suave medio del buen tratamiento: q. los referidos Ynfielos se inclinen voluntariamente a conbertirse a Nuestra Santa Fe Catholica detestando los abusos, y superticiones que los separan del verdadero conocimiento de la Religion Christiana...»⁴³

La presencia de los embajadores en Santiago en calidad de ‘rehenes’ permitiría mantener a los butalmapus en paz, pues los maloqueros no se atreverían a hacer hostilidades mientras sus parientes se encontrasen en manos de los hispanos. Teniendo en cuenta estas consideraciones, el gobernador estimó oportuno aprovechar la petición que hicieron los caciques del Inapiremapu Cheuquelemu, Ayllapangui y Liguelemu de pasar a entrevistarse con él en Santiago, para proponerles la designación de embajadores. Según Jauregui, este era el mejor medio para manifestar a los caciques

«lo mucho que (se) desea su quietud, y que en modo alguno se les causa ni el mas leve daño por los españoles, y (que) puedan experimentar los efectos de la soberana piedad del Rey, y de los deseos de su Señoría de hacerles bien en quanto le sea facultativo...»⁴⁴

Paz, tranquilidad y respeto hacia los araucanos: estas fueron las ideas que constituyeron los principios reguladores a partir de los cuales se institucionalizó el nombramiento de embajadores de los cuatro butalmapus. Como quedó estampado en el acta posterior en que se formalizó la creación del sistema de representantes indígenas, la principal motivación del gobernador Jauregui había sido la de poner fin al estado de constante guerra que se vivía a lo largo de la frontera del BioBio.

«Delibere cortar esos principios, aunque debiles, haciendo se les propusiere a los cuatro Butalmapus (que son los territorios comprensivos de todas las naciones y parcialidades de los yndios ynfielos de la frontera) lo mucho que deseaba facilitarles su mayor bien y mi amistad libertandolos de todo recelo, de daño y perjuicio en sus personas y bienes y de las funciones de juntas para proponer a esta capital general sus solicitudes, y que a este fin y en prueba de mi especial inclinación a favorecerlos y hacerlos acreedores a que el Rey los auxiliase y atendiese con aquella amplitud propia de la soberanía de su poder, eligiese cada Butalmapu un cacique de los de su mayor satisfaccion que viniese a residir a esta calidad en calidad de embajador, trayendo si quisiese a su familia en el seguro de que se le asistiría de cuenta del Rey y en decente habitación y de que se les

⁴³ «Jauregui al Rey, 23 de octubre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 563.

⁴⁴ *Ibid.*

distinguiría a proporción de los que representaban con la condición de que les confiasen todos los caciques sus facultades para que a nombre de ellos espusiesen sus pretensiones y pudiesen aceptar la propuesta del capitán general con la misma firmeza que si fuese aprobado en junta o parlamento general y de que no habían de poder retirarse a sus tierras sin que viniesen otros caciques a relevarlos con el propio carácter y facultades.»⁴⁵

La radical transformación de la política hacia los indígenas que proponía el gobernador con la instalación de los embajadores dependía fundamentalmente de la existencia de un liderazgo tribal sólido que permitiera implementar los acuerdos alcanzados por los 'personeros' políticos, y mucho más crucial aún, requería el acuerdo generalizado de los que detentaban en esos momentos el poder en la sociedad tribal. De este modo, la corona hispana intentaba introducir una especialización política del poder indígena, crear nuevos sujetos protagónicos y eliminar de esa forma el segmentarismo y la fragmentación que aquejaba las relaciones y acuerdos que se forjaban al amparo de los parlamentos.

El nuevo sistema constituía un quiebre de la tradición y del *admapu*, lo cual hacía muy difícil su aceptación entre los indios; para conseguir el acuerdo de los caciques y lograr un consenso entre los cacicazgos araucanos se requería tener un profundo conocimiento de la diplomacia tribal y de la distribución real del poder étnico entre las diversas parcialidades. Conciente de estas dificultades, Jauregui instruyó a Sematnat que persuadiera a los

«caciques principales a que nombren, y destinen dos de los de mayor distinción ente ellos para que en calidad de embajadores de toda la tierra vengan a recidir con sus familias a esta ciudad en donde se les dara de cuenta del Rey habitacion y mantenimientos y se les honrrara, y tratara como a tales embajadores, previniendoles que con ellos se han de cortar las diferencias que se ofrezcan, y que por su medio han de hacer los Butalmapus las representaciones que se les combengan, siendo obligados solamente a hacer que se cumpla por todos los Casiques lo que ellos traten conmigo, y que se podrán bolber a su tierra siempre que quieran con la calidad de que han de benir otros dos embaxadores tambien con sus familias a relebarlos con iguales facultades de dhos. Butalmapus. Espero que VS. agite este importante asunto de modo que se consiga...»⁴⁶

⁴⁵ «El presidente de Chile informa a V. E. (Julián de Arriaga) haber conseguido de los cuatro Butalmapus de la Tierra de los Yndios Ynfieles el nombramiento que les propuse hiciesen de caciques embajadores con perpetua residencia en esta capital. 31 de marzo de 1774», *MM*. 192, ff. 196 y ss. También en *MBA* vol. 2, ff. 438-259.

⁴⁶ «Jauregui a Sematnat, 25 de noviembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 567.

Las instrucciones de Jauregui a Sematnat incluían además la designación del teniente coronel Ambrosio Higgins en el cumplimiento de tan delicada misión. La elección de Higgins no era fortuita ni causal, en la medida que su gestión en los asuntos fronterizos comenzaba a ganarle un sólido prestigio como hombre ejecutivo, visionario y que inspiraba confianza a los indígenas. Sematnat respondió señalando que facilitaría el viaje de Cheuquelemu, Ayllapangui y Liguelemu a Santiago, pero que no tenía mayor confianza en el resultado: «Esté VE. asegurado que de esto se sigue muy poca enmienda o ninguna, pues ellos contendrán los robos mientras los Principales Casiques se hallen en nuestras tierras...»⁴⁷ Empleando un tono crítico, Sematnat opinaba respecto a los futuros embajadores que su residencia en Santiago acarrearía dificultades; asimismo insistía en que se debían nombrar más de dos embajadores, por ser cuatro los butalmapus, y que debía estarse prevenido para las múltiples inconveniencias que provocaría su estadía en Santiago. En este último sentido manifestaba más con prejuicio que con razón:

«de que siempre que se verificase esto havia de ser un continuo trabajo para todo el trancito pues continuamente estarian pretendiendo el pasar sus Parientes o Amigos a ver como les iba, y en caso de negarles esta petición fueran nuebos los motivos de resentimiento...»⁴⁸

La autorización expedida por Jauregui para que Ayllapangui, Cheuquelemu, Liguelemu pasaran a entrevistarse con él en Santiago, fue dada a conocer a los caciques por el comisario de naciones a fines de noviembre. En su comunicación dando cuenta de su gestión entre los arribanos, el comisario de naciones observaba que los tres caciques se habían mostrado agraviados porque se les comunicó la noticia por medio de un mensajero indígena y no por un capitán de amigos. Interesado en mantener el diálogo con los principales lonkos del Inapiremapu, Gomez rectificó su atropello al protocolo fronterizo cuando llegaron a la frontera «cuatro bastones» enviados por Ayllapangui y sus aliados en busca de dos capitanes de amigos cuya comisión fue la de comunicarles oficialmente las noticias y planes del de Jauregui. No obstante, en un repentino cambio de actitud que no presagiaba nada bueno, la bullada petición hecha por Ayllapangui y sus seguidores de entrevistarse con el gobernador fue postergada hasta «avisar a todos los Casiques de su Guitalmapu para llevarles en su compañía y todos juntos tratar con V. S. cosas que sean de su maior grado que es el motivo por el que procuran que vaian todos...»⁴⁹

⁴⁷ «Sematnat a Jauregui, 3 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 569.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ «Balthasar Gomez a Balthasar Sematnat, 30 de noviembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 571.

3. La maloca de Ayllapangui contra los pehuenches.

El súbito interés mostrado por Ayllapangui, Cheuquelemu y Liguilemu de consultar al resto del liderazgo tribal era poco convincente, especialmente si en aquellos mismos días se anunciaba en la frontera la organización de una gran empresa maloquera arribana contra los toldos de los pehuenches de Leviant. Este hecho no fue ignorado por el comisario de naciones, quien consideró con sospecha la repentina decisión de Ayllapangui. La maloca de Ayllapangui y la suspensión del viaje de los caciques a Santiago ponía nuevamente en peligro el edificio de las relaciones pacíficas construido tan precariamente desde 1771, ya sea porque los guerreros del Inapiremapu planeaban atacar a los leales conas de Leviant como por las dificultades que surgían para establecer el proyecto de embajadores. Interesado en reducir la influencia de Ayllapangui entre los llanistas y limitar el impacto de sus acciones armadas, el comisario de naciones se reunió con Curiñancu

«que es de jurisdiccion aparte que por ningun modo les fomentasen con armas a estos rebeldes, y que de su parte y la mia exparsiese estas cosas por entre los demas de la tierra lo que executo con prontitud por lo que le tienen amenazado para cortarle a caveza; yo a mi sentir por los avisos que me da dho. Curiñancu como por manifestarse muy contrario a los ladrones, pues solo en el se ha visto la accion de haver entregado a un Yndio detanto poder como es Ligenleu el que ya remití a V.S. aun siendo de la misma reduccion y heredero al baston de su Padre de Casique Governador, y por otra el haverme remitido la caveza del mas insigne ladron, y en lo presente oy dia de la fha, me embio a pedir auxilio de sinco hombres para remitirme con ellos a unos ladrones que se hallan inmediatos a su reduccion y en caso de remitirmelos dare prompto aviso a V. S.; pues mediante a este Casique creo no se han movido los demas por ser donde recaen las mayores fuerzas, y sin su favor no pueden moberse; y asi mesmo me participa que dentro de sinco dias lo espere en esta Plaza, que trae animo resuelto de pasar a verse con V. S. y en caso de consedersele la licencia puede avisarme para darle el pase; que a mi me parece ser combeniente el que vaia porque con su ida pueden resultar algunas cosas favorables, que me hace de algùn modo dar credito a la fidelidad que demuestra la liga que pretende hacer con el casique de Santa Fee don Ygnacio Levigueque, a quien delante de mi le embio a decir que lo pasaba a llevar para ir en su compañía a verse con V. S. en esa ciudad, y que es todo su deseo unir sus fuerzas con el a todo lo que combino dicho Levigueque con lo que quedaron firmes a bajar prontos.»⁵⁰

⁵⁰ Ibid.

La transformación de Curiñancu en colaborador de los hispano-criollos, después de haber sido uno de los principales motores de la sublevación de 1766, no podía ser más extraordinaria, pero reflejaba fielmente los vaivenes de la vida política fronteriza. Curiñancu estaba en la cúspide de su poder y el cacicazgo de Angol dominaba en gran parte los acontecimientos que sacudían a la etnia de los Llanos. Sin embargo, el poder de Curiñancu podía sufrir un menoscabo o decaer, especialmente cuando al sur de Angol surgía la poderosa alianza de los cacicazgos de Malleco, Chacaico y Renaico; este peligro hacía necesario unir filas con los fronterizos de Santa Fe y con los propios soldados del rey. La eliminación de los maloqueros a través de una extensa alianza intertribal con los costinos, pehuenches y fronterizos era un paso importante, pero una entrevista con el nuevo gobernador de Chile, tan perseguida por sus propios enemigos, debía marcar definitivamente la transformación de Curiñancu de feroz guerrero y maloquero en hombre de paz y consenso.

Así, mientras los llanistas de Curiñancu y los arribanos de Ayllapangui solicitaban entrevistarse con Jauregui, los caciques de la Imperial, Cholchol y Tirua también iniciaron gestiones para celebrar una reunión con el maestre de campo. Con este objeto enviaron al cacique Reuqueant de la Imperial a pedir autorización para pasar a Concepción. Considerando que estos caciques eran «los de mayor respeto de esta costa, y se dieran por agraviados si por algun pretexto les embarasemos su biage», el comandante del fuerte de Arauco recomendó que se les concediese una entrevista, teniendo además en cuenta que no eran «tan inoportunos como los de los Llanos.»⁵¹ Con respecto a los pehuenches, observaba en una nota el teniente coronel Higgins, se mantenían «separados, al paso que entre los mismos Llanistas se ha adelantado la desunion en sus juntas...»⁵² La separación de los pehuenches del resto de los butalmapus, con los cuales lucharon unidos en la guerra de 1769, era promovida por los hispano-criollos. Como manifestara el maestre de campo en una carta al gobernador de mediados de diciembre, se continuaba con la política de «buena correspondencia con todos los Yndios que se manifiestan afectos y principalmente con los Peguenches teniendolos gratos para todo acontecimiento...»⁵³

Los agentes de la corona visualizaban las diversas connotaciones que adquirirían las acciones de los lonkos y se daban cuenta de las consecuencias que tenían entre ellos algunos gestos de reconocimiento del estado español. Así lo deja ver la carta del comisario de naciones al maestre de campo, en la cual quedaba clara la redefinición de Curiñancu como cacique de paz y amigo, en oposición a Ayllapangui y sus aliados que aparecían como sujetos rebeldes. Indudablemente, la situación parecía ser desesperada para Curiñancu, espe-

⁵¹ «Pedro Nolasco del Rio a Balthasar Sematnat, 27 de noviembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 576.

⁵² «Higgins a Jauregui, 3 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 581.

⁵³ «Sematnat a Jauregui, 12 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 584.

cialmente cuando se mostraba dispuesto a entregar gente de su propio Butalmapu en la búsqueda de cierta legitimidad entre los hispano-criollos. Este gesto no pasó desapercibido a los oficiales fronterizos; el maestre de campo recomendaba pocos días más tarde que se diera un ejemplar castigo a Ligenleu, el maloquero hijo de Cacique Gobernador remitido prisionero desde Angol, «pues de lo contrario desdonaremos al Casique Don Agustín Curiñamcu quien en el día se porta con mucha lealtad...»⁵⁴

La visita que Curiñancu y los demás caciques llanistas planeaban realizar a Santiago fue suspendida cuando se enteraron que Ayllapangui no formaría parte de la comitiva. Curiñancu y sus aliados justificaron su decisión de suspender su viaje a la capital del reino alegando que en Ayllapangui recaían «los mayores excesos de robos y demás inquietudes...»⁵⁵ El comisario de naciones, envuelto como sus predecesores en los asuntos políticos que sacudían a la Araucanía, describió detalladamente la posición en que se encontraba Ayllapangui en esos momentos. Por la riqueza intrínseca del testimonio, he creído conveniente reproducirlo *in extenso*:

«Señor lo que yo he prenetrado en Aillapan es que su ida detras de la cordillera es a ir a meter sus enredos con los Peguenches porque desde el año pasado se estan comunicando; esto lo se de cierto y lo que lleva determinado Aillapan es el ir al otro lado a dejarse caer a lo de Lebian, esto es si aquellos Peguenches Guilliches como son Maribilu y su hermano Namcubilu no han determinado al contrario, porque desde el año pasado (h) a que lo estan tratando con dicho Aillapan, y no va a otro fin; y prebengo a V.S. que si ellos logran su intencion de abanzar a Lebian no dejaran de pasearse por toda la Isla de la Laxa. Yo quedo haciendo las pesquisas de el día en que coge su marcha y si es cierto el que ha ido, bolbere a dar a V.S. segundo aviso con las demas cosas que supiese.

Señor los enredos de este Yndio son tantos que quasi no se pueden comprehender, y por lo que bemos, en él las amistades que tiene con nosotros todas son apariencias, y si él no se ha levantado es porque las demas reducciones le han sugetado; él esta tirando sus lineas por todas partes, y si por algun acontecimiento no van a alcanzar a Lebian (va) a venir entonces, y salir con los demas caciques a verse con V.S. y despues de retirado me hago el juicio venga a enredarse con Lebian, porque lo que acabo de saver es como este sugeto esta secretamente embiando mensajes al Casique Peguenche Lebian, y Lebian embiando los suyos embiandole a decir al dicho Aillapan que aunque oiga de V.S. que lo va a abansar que no lo crea porque todo

«Sematnat a Jauregui, 3 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 569.

⁵⁵ «Balthasar Gomez a Jauregui, 12 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 586

lo que esta haciendo no es mas de por engañar a los españoles, y que no ha de querer mas para ellos que para el y los demas; y también le dise de que quiere ponerse en los pasos con toda su gente para con el pretexto de pasero tenerles el paso franco para quando quieran pegar el golpe pasen y incorporarse todos y dar contra nosotros; esta noticia la trajo un Yndio de la reduccion de Qulaco que vive a frente de Santa Barbara y de esto es savedor un Yndio llamado Guaiquilab, quien me lo dijo delante del capitan de amigos Don Gabriel Sossa, y el dicho Yndio va en compañía de Curiñancu, y si V.S. gusta puede llamarlo secretamente con Don Gabriel Sossa que dicho yndio le dira a V.S. lo que sabe.

Señor lo que yo comprehendo en Aillapan es que si el puede darle gope a Levian junto con los Peguenches de la otra parte de la cordillera lo ha de hacer, y de no conseguirlo benir, y hacer la liga con Levian, porque este yndio no esta mas de a lo que le conbiene, y por lo que yo comprehendo en Levian es lo mismo, y conociendo yo sus inconstancias estaba viendo modo de enredarlos unos con otros y ver modo de botarle la cava al dicho Aillapan, y a los demas de esas reducciones, que yo se que consiguiendose esto no se havian de ver mejores paces por que estos necesitan de castigo fuerte, y sin esto siempre estaremos a contemplaciones; yo si me sujeto es por no ir contra los mandatos de el Capitan General y de V.S.; que yo viera modo por mano de don Agustín Curiñancu de echarles dos o tres mil Lanzas ensima, y acabarlos, y desta suerte quedaba esto sosegado: al Casique Curiñancu hagale V.S. quanto obsequio pueda, y able con el secretamente lo que V.S. gustase que en lo presente se esta portando bien.

Dios Guarde a V.S. muchos años. Nacimiento, Diciembre diez de Setenta y Tres.»⁵⁶

La carta del comisario de naciones al maestre de campo es bastante explícita y no requiere mayor explicación. Sin embargo, no se puede dejar sin hacer algunas reflexiones, especialmente en lo que se refiere a las sutilezas que adquiriría la vida política fronteriza. Es interesante, por ejemplo, recalcar la postura de Curiñancu y sus aliados frente a la propuesta de Ayllapangui. Como se desprende del texto, actuando en el marco del consenso necesario del gobierno cacical, los jefes llanistas encabezados por el lonko de Angol prefirieron postergar su viaje a Santiago a fin de esperar a Ayllapangui y concurrir juntos ante el gobernador; de este modo, Curiñancu y sus aliados buscaban comprometer a Ayllapangui en las nuevas negociaciones, incorporarlo activamente en el dialogo que se establecía con Jaurequi y evitar un enfrentamiento en el seno del butalmapu llanista.

⁵⁶ «Balthasar Gomez a Sematnat, 10 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 590

La maloca que aparentemente organizaba Ayllapangui contra la gente de Leviant en alianza con los caciques Nancuvilu y Marivilu, ambos hijos del poderoso cacique llanista Antivilu de Maquegua, era parte de una nueva guerra inter-tribal. En este contexto, el toqui Ayllapangui estaba cumpliendo con su deber de capitán cona de la tribu, brindando su apoyo militar a los segmentos tribales que sufrían el constante acoso de los pehuenches. La derrota de Leviant aseguraba para toda la tribu el acceso a las pampas por los pasos que controlaban los guerreros de la montaña y se limpiaba de obstáculos el ingreso de los maloqueros llanistas y arribanos a los potreros de La Laja. ¿Pero buscaba Ayllapangui destruir a Leviant y arrasarlo con sus asentamientos?; ¿O su expedición hacia la montaña estaba dirigida a asentar una alianza con los pehuenches?

Para los observadores hispano criollos, la conducta de Ayllapangui era ambigua; lo que si les quedaba clara era la multiplicidad de lazos que el toqui establecía a través de la Araucanía y con los propios pehuenches, para afianzar la posición de poder que comenzaba a ganar el cacicazgo de Malleco. Frente a esta situación, según los rumores que comunicaba el comisario de naciones, el propio Leviant parecía estar dispuesto a aliarse con Ayllapangui para conseguir unidos sus objetivos. La frase más significativa, y que obviamente obedece al discurso político de la sociedad tribal, fue atribuida a los werkenes de Leviant, quienes habrían manifestado a Ayllapangui que en el plan de alianza con los llanistas, el jefe pehuenche «no ha de querer mas para ellos que para el, y los demas...» En otras palabras, si el botín, el prestigio y el poder se distribuían igualmente, sin favorecer o desmerecer a los principales caciques de la Araucanía y la cordillera, surgía un factor de unión entre las tribus. La captura de estos bienes para el beneficio personal era causa de guerras y confrontación.

Para los representantes del rey, las acciones de Ayllapangui eran condenables en la medida que protegía a los maloqueros que asolaban las estancias españolas al norte del Biobío y ponía en peligro la paz. Tampoco era favorable la destrucción de los pehuenches de Leviant, que surgían como uno de los segmentos más leales del ejército imperial en la región; por la misma razón no convenía su alianza con los arribanos. La maloca contra Leviant era vista con buenos ojos por los lonkos llanistas, pues favorecía los intereses estratégicos del butalmapu. No obstante, en el balance final, los jefes llanistas no disimulaban la inquietud que les producía el crecimiento del poder personal del toqui, quien comenzaba a articular no solo las relaciones intertribales sino también las que se mantenían con los hispano-criollos. De allí el interés de Curiñancu de aparecer como un cacique fiel a los tratados y un potencial aliado contra la gente de Malleco. En la constante búsqueda del frágil equilibrio sobre el cual descansaba la paz intertribal, y a partir del cual se estructuraba el ambiguo edificio del poder de los lonkos, la ambigua percepción que tenían los propios caciques de las acciones de Ayllapangui no era más que otra manifestación de las refinadas y sutiles interconexiones que constituían el mundo cotidiano de la política en la sociedad tribal.

Finalmente, llama la atención la posición que adoptó el comisario de na-

ciones frente a estos eventos, un auténtico reflejo de las ambiciones e inquietudes de los hombres fronterizos. Balthasar Gomez era quizás uno de los soldados veteranos como mayor experiencia de la política tribal y uno de los protagonistas principales en la elaboración de la paz de 1771 y 1772; por eso no deja de sorprender su discurso belicista y de rechazo hacia algunos caciques -principalmente Ayllapangui y el propio Leviant-, y su marcado favoritismo hacia Curiñancu. En su comunicación al maestre de campo se puede entrever que el comisario de naciones proponía aislar a los arribanos y desprestigiar a los pechuenches de Leviant, movilizando a los llanistas de Angol como fuerza militar contra estos jefes. Como el mismo señalara: «si me sugeto es por no ir contra los mandatos de el Capitán General y de V. S.»; el comisario de naciones interpretaba a su manera los acontecimientos de la frontera, y desde una posición fundada en el poder de sus caciques amigos también pretendía articular la política fronteriza. La impresión de que la autoridad del imperio borbón era débil en la frontera y que administración encabezada por el gobernador estaba forzada a contrarrestar no sólo la fuerza material y política de los grandes cacicazgos araucanos, sino también la que detentaban los grupos de poder de Concepción parece estar ampliamente justificada en el tono de las frases empleadas por Balthazar Gomez. Más que un funcionario que representaba al estado español entre los indígenas, las palabras del comisario de naciones parecían provenir de otro gran lonko de la tierra.

El discurso confrontacional del comisario de naciones no era una manifestación aislada. La Junta de Guerra de Concepción, la institución máxima del ejército fronterizo, se reunió el 14 de diciembre para discutir la estrategia que se debía seguir a consecuencia de las noticias que llegaban a los fuertes y guarniciones del Biobío de una gran maloca llanista. Sin constatar si la amenaza de una invasión indígena era fundada, la junta propuso la formación de un cuerpo volante de 600 hombres destinados a «ebitar las resultas perjudiciales que con razón se pueden temer», compuestos por doscientos hombres de tropa y 400 milicianos. Esta fuerza militar, manifestaban los miembros de la junta de guerra,

«no solo servirá para contener los referidos intentos de los yndios sino que también bajo del abrigo de el podran con toda seguridad cosechar los vecinos sus frutos, mantener sus ganados sin inquietud, y no abandonarlo todo como lo han hecho en diferentes ocasiones respecto a no tener defensa alguna. Que asimismo este cuerpo igualmente podría servir (en el caso que por V. S. se delibera que el capitán don Balthazar Gomez entre con dos mil o tres mil lanzas como lo ofrece de castigar estos rebeldes) para apoyo, y observación de las resultas que tubiere este proyecto»⁵⁷

⁵⁷ «Acuerdo de la Junta de Guerra, 14 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 591.

Como en los tiempos del Flandes Indiano, el ejército de la frontera se vestía con los ropajes del bien común para insistir en sus propuestas confrontacionales que solamente aseguraban sus propios ingresos. Sin hacer caso de la contradicción más evidente, su propia incapacidad para defender a los vecinos de la jurisdicción, los soldados de la frontera planeaban nuevas campañas de represión contra los guerreros del sur. No obstante, los tiempos habían cambiado y la vieja retórica militarista ya parecía no convencer a las autoridades de Santiago. El propio gobernador Jauregui no estaba dispuesto a dejarse convencer fácilmente sobre la inminencia de una nueva guerra, que en su estrecha visión de agente imperial solamente significaba rearmar a grandes costos el ejército fronterizo y exponerlo a una nueva serie de humillantes derrotas. Jauregui, más o menos acosado por la indiferencia, apatía o abierta hostilidad de los patricios, no ignoraba los desastrosos efectos que tenía para el prestigio de la autoridad monárquica en el reino la derrota de sus fuerzas militares. En consecuencia, su rechazo a las medidas de acuartelamiento que proponía la Junta de Guerra fue una verdadera denuncia contra aquellos que esparcían rumores «que incesantemente se han divulgado desde mi ingreso hasta ahora indicantes de reprobados deseos de que se inquiete la tierra por fines particulares de los malignos que sugieren esas especies»⁵⁸

Dispuesto a imponer su autoridad y poner fin al estado de semianarquía que imperaba en los cuarteles de Concepción, el gobernador escribió al maestre de campo instruyéndole que averiguara quienes promovían dichos rumores y que se remitiera a los culpables a Santiago «para hacer el más atroz y exemplar castigo». Al mismo tiempo le instruía que ordenara al comandante del fuerte de Nacimiento que realizara su gestión con moderación y equilibrio, porque sus acciones -tales como el llamado a la junta de guerra-, solamente daban pábulo a sospechas entre los indígenas y terminaban por favorecer a «los mal intencionados (en) sus sugerencias, pues con menos causa o sin alguna save V. E. cuanto trabajan en ensender la guerra». Tampoco estuvo de acuerdo con la formación del destacamento propuesto por la Junta de guerra

«por que viendo los Ynfieles que se poblaba el campo de gente, que un oficial salia de capitán con dos o tres mil lanzas a imbadir contra las respectivas ordenes de S. magestad y que se hacían otras prevençiones ofensivas a la paz que reiteradamente se ha pactado, tuvieran fuertissima razón, y fuera indispensable se siguiere un alzamiento general en defensa de esas irrupciones y en consecuencia de una manifiesta probocación...»⁵⁹

Llevar a cabo la formación de una columna como lo sugería la junta de guerra, seguía el gobernador, implicaba asumir una actitud ofensiva que había sido prohibida expresamente por el monarca; no era tampoco necesario movilizar más

⁵⁸ «Jauregui a Sematnat, 24 de diciembre de 1773», *MBA*, Vol. 2, f. 595.

⁵⁹ *Ibid.*

hombres ni invertir más recursos que los que componían las guarniciones fronterizas y los soldados del batallón adicional que había remitido el rey «para mayor seguridad de este Reyno»; si antes de la llegada de estas fuerzas el ejército se defendía solo, no correspondía asumir que con soldados profesionales en sus filas se hicieren necesarios más hombres ni materiales. En cuanto a los soldados que se contraban sin caballos, el gobernador instruyó al maestre de campo que era obligación de los soldados mantener sus caballerías, y que si no las tenían fuesen dados de baja para contratar hombres que las tuvieran. Finalmente, confirmando una vez más sus deseos de mantener la paz, Jauregui reiteró la médula del discurso político de los agentes del rey en la frontera del Biobio, ordenando al maestre de campo que se mantuviera la frontera

«en el mejor estado, procurando como se lo tengo prebenido asegurar cada día mas la amistad de los Pehuenches, y que no se haga el menor movimiento por nuestra parte a exepcion de alguna ocurrencia de gravedad.»⁶⁰

Demostrando la poca confianza que le inspiraban sus oficiales en el ejército del sur, Jauregui envió una comunicación confidencial a Higgins ordenándole que investigara los rumores y averiguara si la conducta del comandante del fuerte de Nacimiento había sido bien fundada o fruto de su ligereza. Otra de las instrucciones dadas a Higgins consistía en averiguar «si ay o no novedad en la amistad del cacique Levian y en la de Ayllapan o en algun otro de los principales...»⁶¹

Mientras el gobernador intentaba desarmar la maraña de intereses que en el seno del ejército fronterizo comenzaban nuevamente a promover la guerra contra los araucanos, Curiñancu, Canicura y Tranamilla se presentaron ante el maestre de campo en Concepción para reiterar sus deseos de entrevistarse con el gobernador. Esta visita de los principales caciques llanistas fue aprovechada por el maestre de campo Sematnat para comunicarles el plan de Jauregui de aceptar dos caciques embajadores en representación de los cuatro butalmapus. De acuerdo a la comunicación remitida por Sematnat a Jauregui, Curiñancu rechazo inicialmente la idea,

«pero haciendole (ver) que esto no era más que hasta que vinieses V. señoría a celebrar el Parlamento y que después juntos con V.S. podrían determinar lo que hallasen por mas combeniente; respondiome que por él, ni en toda su parcialidad no había dificultad ninguna y que él por si solo no podía determinarlo, y que dexasemos estar este asunto hasta que todos juntos resolviesen lo que les paresiese, frase que acostumbran quando no quieren condescender...»⁶²

⁶⁰ Ibidem

⁶¹ «Jauregui a Higgins, 24 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 601.

⁶² «Sematnat a Jauregui, 18 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 601.

En el transcurso de la reunión, el maestre de campo expresó a Curiñancu que el rey y sus oficiales respetaban los tratados, «que su Magestad no quería otra cosa que la paz, que no pretendía siquiera ni un palmo de sus países», pero que los indígenas no cumplía con lo pactado. Frente a esta acusación, Curiñancu manifestó que los maloqueros «solo son los de las reducciones de Colgue, Renayco, Chacayco, Malleco y Guequen, que estos se procuren acabar, pues de otro modo nunca habra paces buenas...»⁶³

CUADRO 1

LISTA DE LOS CACIQUES
QUE ATENDIERON LA PARLA DE CONCEPCION, DICIEMBRE 1773

Cacicazgo	Cacique	Mosetones
Angol	Don Agustín Curiñancu	
	Don Juan Guenupillan	
	Don Bartolo Villaleu	
	Don Juan Caniecura	
	Don Mathias Molbiqueu	
Las Minas	Don Juan Puicuñacu	8
Lumaco	Don Pedro Quilaleu	6
Puren el Viejo	Quintupillan	4
Repocura	Don Pedro Guaquigueno	25
	Don Juan Curriguala	
	Don Manuel Mutipilla	
La Imperial	Don Pedro Lecoyan	6
Santa Fe	Don Ignacio Levigueque	10
	Don Juan Villerreque	
	Don Julian Millanan	
San Xristóbal	Don Miguel Libupillan	
	Don Clemente Curileu	7
	Don Domingo Pilguley	
	Don Xristobal Millaleu	

Fuente: «Lista de los Casiques y Yndios que han estado en esta desde el dia catorce hasta hoy 18 de Diciembre de 1773», incluida en Sematnat a Jauregui, 18 de diciembre de 1773, MBA Vol. 2, f. 612.

La declaración de Curiñancu y sus caciques significaba en esos momentos tanto que sus guerreros estaban dispuestos a aunar fuerzas con los hispanocriollos para sofocar a Ayllapangui y sus aliados, como la escisión de-

⁶³ «Sematnat a Jauregui, 18 de diciembre de 1773», MBA, vol. 2, f. 608

finitiva de los arribanos del butalmapu llanista. De acuerdo al testimonio de Sematnat, en una entrevista privada atendida además por Gómez, Higgins y el capitán de amigos Gabriel Sossa, los caciques llanistas reiteraron

«que ellos estaban determinados a castigar todos estos malevolos... y para la justificación de esto hicieron la ceremonia de los ritos de unirse con el casique don Ygnacio Lebigueque, que es el casique mas fiel que tenemos entre nosotros, y el Gobernador de toda la Tierra»⁶⁴

La astucia de Curiñancu nuevamente daba frutos; no solo era recibido por el maestro de campo, sino que también lograba afianzar sus lazos con la figura del prestigioso Lebigueque, el cacique fronterizo de Santa Fé que presidía el diálogo entre europeos y araucanos durante los parlamentos. La estrategia de aislamiento que perseguían españoles y llanistas contra Ayllapangui comenzaba a dar sus primeros resultados. Al concluir la parla de Concepción, los jefes llanistas solicitaron autorización para realizar una junta tribal en la cual discutirían las propuestas hechas por el gobernador y clarificar sus posiciones con respecto a los maloqueros arribanos. Jauregui se apresuró en autorizar la reunión e instruyó a Higgins que presentara allí la propuesta de embajadores. Se autorizó además contribuir con la mitad de los gastos de la junta indígena siempre y cuando se asegurara la asistencia de los principales caciques de los cuatro butalmapus para que expresaran su «consentimiento llano, libre y gustoso»⁶⁵ Junto con sus instrucciones, el gobernador incluyó una lista de las principales razones que justificaban el establecimiento de los caciques en la capital, que en su opinión era «de la mayor utilidad a la Real Hazienda, y al Publico...» De acuerdo a Jauregui, la designación de caciques representantes proporcionaba a los indios la mejor oportunidad para

«dar prueba de su fidelidad (por) la distinción que se les proporciona por este medio de adquirir un honor perpetuo para si, sus hijos y descendientes que nunca lograron sus mayores, y quanto se acercan con este arbitrio ameresen de la piedad del Rey muy particulares atenciones y combeniencias que sin duda abra llegado el tiempo de que sesen sus miserias y tengan una solida correspondencia con los Españoles...»⁶⁶

La creación de los embajadores convenía tanto al «rey y a los mismos Yndios». Contribuiría a consolidar la paz, aseguraría la lealtad de los indígenas al monarca y se conseguiría su quietud con un importante ahorro de gastos para el Real Erario. Respecto a la necesidad de aumentar el número de dos a cuatro representantes, el gobernador estimó que no existía inconveniente, si bien

⁶⁴ Ibid.

⁶⁵ «Jauregui a Sematnat, 28 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 628.

⁶⁶ Ibid.

«estos cuatro caciques que elijan y nombren han de ser de los mas cuerdos, prudentes y estimados entre ellos en fee y seguridad del cumplimiento de tan solemne tratado. Han de venir con la calidad y representación de Ministros o Embaxadores de los Butalmapus y con las mayores firmezas que dicta o pide el Derecho publico mutuo y reciproco....»⁶⁷

«Se autorizaba que ingresaran a la capital con sus mujeres e hijos, a los cuales se mantendría por cuenta del Estado; se les proporcionarían vestuarios, bastones, además de un medallón de plata con la efigie de Carlos III» a fin de que se reconozcan como Ministros o Embaxadores de las Naciones del tratado o B talmapus.» En cuanto al tiempo que podrían servir los caciques como embajadores, se fijaba originalmente un periodo de dos años, si bien se dejaba esto al criterio de la junta de caciques. Los derechos y privilegios de los representantes serían idénticos a los que se concedían a los primeros personeros. Quizá lo más significativo fueron los argumentos esgrimidos por Jauregui para hacer aún más formal el nombramiento de los embajadores.

«Seran siempre favorecidos, y amparados igualmente que sus mugeres e hijos y se les dara havitación capaz, y competente, y con resguardo para que no se les incomode ni haga extorsión: lo que se prohibira fuertemente por el Capitan General con correspondiente pena a los transgresores conserbandose así religiosamente la fee imbiolable del Derecho Publico, y para mayor distinción, y representación se les dará por el mismo Capitán General titulo Patente firmada, y sellada que acredite ser tales ministros o embaxadores»⁶⁸

Destacando las ventajas del nuevo sistema de caciques representantes tanto para la corona como para los butalmapus mapuches, el gobernador Jauregui manifestaba:

«El referido establecimiento es sin disputa muy ventajoso no solo al Rey sino a los Yndios con maior razon pues quanto ocurra entre nosotros y ellos se puede tratar, acomodar, y resolver por medio de los expresados Casiques embaxadores por las facultades, e imbestiduras que para ello precisamente han de tener de los Butalmapus. Este es el modo de atajar disgustos, desaveniencias, y el Yncendio de una guerra que al fin les es tan perniosa a los Yndios por mas que así no lo consiban quando la misma experiencia les ha de persuadir que la

⁶⁷ «Razones que se deven tener presentes y proponer a los quatro Butalmapus por el Theniente Coronel don Ambrosio Higgins para persuadirlos a condesender en el nombramiento proyectado de embaxadores de aquellas naciones para que recidan en esta capital, 26 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 628

⁶⁸ *Ibid.*

repetición de ella es su propia ruina y aniquilación.= En fin no puede haver posición mas piadosa ni benefica pues consolida la paz, tranquiliza las Naciones Yndias: facilitara la buena armonía y concordia reciproca, radica el amor que confiesan y deven tener a Su Majestad como a su Rey y Señor Natural: da pie vastante para que su soberana generosidad estienda su piedad a favor de ellos, y en una palabra cierra la puerta enteramente a los estragos de una guerra que deven temer como uno de los castigos de Dios y en que Nuestro Catholico Monarca poderoso en gente, escuadras y caudales fastidiado ya de las infracciones, acometimientos, y robos que se executan, es de recelar que en caso de reiteración tome el partido de disponer exercito fuerte para entrar en sus tierras por todas partes, y tratar de su exterminio y desolación»⁶⁹

En una carta privada enviada a Higgins, el gobernador reveló con más franqueza su pensamiento respecto a los beneficios que generaría el establecimiento de los embajadores para la administración que presidía. En su comunicación, Jauregui observaba que este era

«el unico medio para contar con la paz, y ahorros de la Real Hacienda sumamente perjudicada con las repetidas Juntas, visitas y novedades que se han hecho frecuentes con daño manifiesto de los hacendados, y desmayo en sus deliberaciones para el aumento de sus labranzas, y adelantamientos de sus fincas...»⁷⁰

En otras palabras, la combinación de las crecientes relaciones con los cacicazgos fronterizos, la violencia de los malones de Ayllapangui, y la política del estado borbón de reducir los gastos fiscales, se combinaban para dar nacimiento a una de las instituciones más peculiares de la monarquía española en América. Sin embargo, esto no era todo. Incluso la elección de Higgins como principal promotor del proyecto entre los indígenas era significativa, en la medida que el oficial irlandés no solo se había granjeado un sólido prestigio como hombre de armas en el ejército fronterizo, sino también por el respeto que se había ganado entre los lonkos araucanos. Pero más importante todavía era la relativa autonomía de Higgins frente a las facciones de interés que dominaban el acontecer fronterizo y que manipulaban la guerra y la paz en la región del Biobío. En este sentido, en su condición de agente del gobierno metropolitano, Jauregui contaba con Higgins como un oficial de confianza que le permitía desde la capital desarmar las intrigas que se maquinaban en Concepción. Ya a principios de diciembre se le había comisionado desde Santiago para que investigara quienes eran los autores de los rumores de una inminente

⁶⁹ Ibidem.

⁷⁰ «Jauregui a Higgins, 28 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 623.

sublevación indígena. En esta ocasión, el gobernador le instruía que llevara a cabo todas la diligencias posibles para evitar que los caciques se reunieran antes de la junta de Curiñancu y que hiciera

«igualmente si por parte de nuestros oficiales de influxo contrario o si biera en sus insinuaciones, en cuio caso se dará V. M. por entendido con ellos reprehendiendo su conducta y no obstante me abisará lo que advirtiere para determinar lo que corresponda»⁷¹

Jauregui no estaba equivocado al desconfiar de los oficiales fronterizos. Precisamente en los momentos en que recomendaba a Higgins a permanecer alerta contra las acciones políticas de aquellos que desestabilizaban las relaciones pacíficas con los araucanos, el maestre de campo Sematnat escribía a Santiago dando cuenta de un nuevo complot indígena encabezado por Ayllapangui y Leviant. La nueva idea de una conspiración fue desatada por la petición que hizo Leviant y su gente de acampar en los llanos de la Laja durante el verano, la cual fue interpretada por Sematnat como un intento de los peh enches de actuar como punta de lanza de las malocas arribanas organizadas por Ayllapangui contra las estancias fronterizas. En opinión del maestre de campo era probable que Leviant fingiera

«que vienen persiguiendolo y con este motivo aparentar el que biene a refugiarse y dar lugar a introducirse en nuestras tierras...»⁷²

La supuesta alianza entre Ayllapangui y Leviant, a pesar de estar fundamentada solamente en rumores, permitió al maestre de campo desplazar a Higgins y su compañía hacia Los Angeles, agregándoles un batallón de Concepción, para reforzar las guarniciones de Santa Bárbara y Tucapel. Tal como lo había expresado en noviembre, la estrategia de Sematnat consistía en formar un cuerpo volante, engrosado con milicianos, para contener a los maloqueros. Sin embargo, la movilización de los milicianos requería de la autorización de Jauregui por los nuevos costos que significaba su armamento. En general, el maestre de campo proponía poner en pié de guerra el ejército, a pesar de la falta de caballos y los escasos recursos humanos que quedarían para la defensa de Concepción. Asimismo, Sematnat insistió en la idea del comandante de Nacimiento de proporcionar algunos hombres armados para que en compañía de los indios amigos se introdujeran a la Araucanía a reprimir a los maloqueros. Según Sematnat la empresa se llevaría cabo a «muy poca costa del Real Herario» y serviría para castigar «de una vez estos cuatro Yndios que causan tantas extorsiones a toda esta Ysla (la Laja)»⁷³ El principal empeño de Sematnat se dirigía a eliminar a Ayllapangui.

⁷¹ Ibid

⁷² «Sematnat a Jauregui, 28 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 625.

⁷³ Ibid.

«Igualmente hago presente a V. S. como tengo veinte Españoles escogidos que entren a cortar la Cavesa al Casique Ayllapan, y toda su familia; que estos son los únicos alborotadores y si no se hace esto jamas habrá paces buenas, esto se puede hacer de modo que nos demos por desentendidos y se puede lograr el fin sin que cause perjuicio alguno»⁷⁴

Las acciones de Sematnat recreaban el viejo dilema que enfrentaban los gobernadores instalados en Santiago: respetar la paz pactadas con los mapuches, mantener los tratados suscritos formalmente con los lonkos durante los parlamentos y continuar la política de alianza que permitiría defender al reino contra una invasión inglesa; o movilizar el ejército a partir de rumores, causar cuantiosos gastos al real erario, y arriesgar el desprestigio de la autoridad de la monarquía por no tener la certeza de una victoria militar. El magro premio de la nueva guerra que proponía Sematnat con el apoyo de Curiñancu, era la cabeza de Ayllapangui. Mientras los españoles debatían su suerte, Ayllapangui continuaba su campaña para establecer un nuevo foco de poder en Malleco. Aparentemente, el toqui arribano buscaba consolidar sus posiciones encabezando la esperada campaña de Ilanistas y peguenche-huilliches contra los tollos del poderoso lonko pehuenche Leviant. El 24 de diciembre se presentó ante Sematnat el cacique de Angol Thagomilla para confirmar los rumores que a principios de mes circularon en la frontera de una maloca Ilanista contra los Pehuenches. De acuerdo a Tragomilla, el cacique Ayllapangui

«fue con toda la gente de su Butalmapu a la Reducción de Lumenco, parage de Peguenches Guilliches, y que todos fueron armados de lanza y coletto a verse con el cacique Peguenche Cathiyagui con que dicho Ayllapan ha mas tiempo de un año que se estava solicitando para este armamento; y que esta noticia se la trajeron unos Peguenches de la Reducción de Cura que actual están en la Plaza, y que se la comunicaron con el devido secreto que se tratan; y dise que la determinación que llevan es ir por detras de la cordillera en compañía de los Peguenches Guilliches a buscar a Lebiand y desde la tierra de los Peguenches llevan de marcha Ayllapan y los demás diez días por haber hecho mancion por el motivo de un grande aguasero que les cayo en el paraje de Cura, lugar donde viven los Peguenches Casiques Gueñir y Quinchaguala, todos confidentes de Ayllapan, y de los demas Guilliches...»⁷⁵

Como manifestara a principios de diciembre el comisario de naciones, las alianzas de Ayllapangui constituían una red difícil de entender o desarmar. No

⁷⁴ Ibid.

⁷⁵ «Balthasar Gomez a Sematnat, 25 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 628.

obstante, quedaba claro que el toqui de Malleco contaba con suficiente apoyo de algunos cacicazgos llanistas y los segmentos pehuenches encabezados por el valeroso Huignir, uno de los capitanes conas pehuenches más destacados durante la guerra de 1769-1790, para movilizar sus hombres contra los famosos guerreros de Leviant. Efectivamente, el mismo día 24 se presentó ante el comandante del fuerte de Nacimiento Balthasar Gómez, el cacique de Repocura Geronimo Guanquelonco, con el capitán de amigos Gabriel Sossa y el Teniente de amigos Joseph Erize, para comunicar que se había llevado a cabo una junta de indios en la reducción de Tromen, presidida por

«el hijo del casique de la Reducción de Quechereguas Millapichum, llamado Millapagui, y éste tomó la parla con el hijo del casique Peguenche de la Reducción de Cura, y fueron sus tratados de ir todos a darle guerra al Casique Peguenche Lebiant con la previsión que toda la gente que fue al cargo de Ayllapan havia de quedar entregada al Casique Guilliche Cathiyagui y sus aliados, y dicho Ayllapan volverse a su Reducción inter van los dichos dando buelta por la cordillera a darles el golpe al dicho Lebiant, y luego después de muerto dicho Lebiant, y su gente, proseguir contra nosotros la guerra...»⁷⁶

De acuerdo a Gómez, las noticias que entregaba Guanquelonco debían ser creídas, por ser el cacique de Repocura un «sugeto de mucha realidad y de la satisfacción de todos»; al parecer, Guanquelonco tenía justas razones para denunciar a los maloqueros, a quienes acusaba de la muerte de su padre Juan Penchulevi y de su tío Alonso Naguelguala. El mismo Guanquelonco manifestó que los caciques de la Imperial y Boroa, reducciones a las que pertenecían Naguelguala y Penchulevi, estaban a la espera de una convocatoria de Curiñancu para marchar contra Ayllapangui y sus aliados, en unión con los españoles que quisieran sumarse a la expedición. Gómez manifestaba por su parte que le «parecía conveniente disimularles algunos voluntarios...» En todo caso, la posible operación de pinza que planeaban realizar los fronterizos, llanistas y la gente del interior contra los asentamientos de Ayllapangui y sus aliados, debía aplazarse hasta el retorno de Curiñancu desde la plaza de Yumbel, y conseguir que se formara una alianza entre este, Leviant y Guanquelonco.

«Yo veré si puedo hacer que able con Leviant que siendo posible fuera mejor darles por mano de estos Yndios que se ofresen un buen castigo con una secreta maloca, ganandoles por la mano antes que ellos lo executen; que de este modo podremos conoserles si es con realidad la fidelidad que prometen, pues aun paresciendome que es verdad lo que disen no me atrevo a asegurarlos por ser una gente sin palabra que siempre devemos vivir de todos ellos con el maior recelo»⁷⁷

⁷⁶ Ibid.

⁷⁷ Ibid.

Por sobre todo, concluía el Balthazar Gómez, no se podía confiar en los planes de Ayllapangui, cuya estrategia podía estar dirigida a hacer una convocatoria general contra los españoles «por ser este un Yndio de mucho arte para estas maldades...»⁷⁸

Las noticias que entregó el comandante de Nacimiento al maestro de campo, fueron corroboradas por Carvallo Goyeneche, entonces comandante de Los Angeles. De acuerdo al cronista, Ayllapangui marchó hacia las tierras de Leviant en compañía de sus guerreros y algunos provenientes de la reducción de Tomen, escoltados por los exploradores pehuenches de Huignir y Quinchaguala del asentamiento de Lolco. Las noticias del desplazamiento de los guerreros lelvunches contra los pehuenches fue comunicada a Leviant pero este había hecho «poco caso de la noticia y me respondió que su gente y la de Manquel fueron en un cuerpo (hacia las Salinas) y que era bastante. Por otra parte parese que Ayllapan y Lebiant guardan entre si buena correspondencia.»⁷⁹

Las innumerables alianzas que surgían entre los diversos cacicazgos y la lucha política que se registraba en el seno de la sociedad tribal tenían consecuencias en la vida fronteriza, donde los jefes militares hispanocriollos se aprovechaban de los desordenes e inquietud que creaba la movilización de guerreros para alarmar al gobierno de Santiago. Profesionalmente, se escudaban tras la escasez de recursos, la consabida fragilidad de los tratados de paz y la inveterada veleidad de los indígenas para formular conjeturas que estaban dirigidas a crear un clima de tensión favorable al resurgimiento de las hostilidades en el sur. En ese contexto se inscriben la movilización militar decretada por Sematnat a fines de diciembre, las propuestas del comisario de naciones contra Ayllapangui y la facilidad con que los oficiales se inclinaban por llevar a cabo una campaña militar «disimulada» contra los arribanos; del mismo modo se explican la visita realizada por Curiñancu, las declaraciones de Guanquelonco y la aparente impasibilidad de Leviant. Parecía que la autoridad del gobernador y su plan de embajadores, serían en cualquier momento abortadas por los eventos. Las crisis que se desenvolvían en la frontera no surgían de modo espontáneo sino que eran creadas laboriosamente. Uno de los mecanismos era precisamente utilizar las constantes disputas que surgían entre los linajes indígenas como una fuente de intranquilidad para extender la tensión hacia las localidades y villorrios. El ejército buscaba de ese modo justificar su existencia, sus crecidos costos y su ineffectividad. Como ya se ha observado previamente, la dicotomía de intereses entre la corona y sus agentes, de una

⁷⁸ Ibid.

⁷⁹ «Vicente Carvallo Balthasar Gomez a Sematnat, 25 de diciembre de 1773», *MBA*, vol. 2, f. 633.

parte, y los oficiales del ejército fronterizo de otra, estaba siempre presente; eran expresiones del conflicto que creaba el continuán antagonismo entre el gobierno metropolitano y el patriciado local que aspiraba a determinar los asuntos del reino. Como en el resto de la vida política del país, la contradicción no era una mera rivalidad entre criollos y peninsulares, sino entre aquellos que aspiraban a controlar y manipular el ejército de la frontera, y los que deseaban la pacificación como un paso necesario para conseguir el desmantelamiento de las redes de poder que habían creado los patricios después de casi dos siglos y medio de conflicto. La guerra o la paz con los guerreros de la Araucanía tenían un precio político que nadie estaba dispuesto a pagar. Las disputas por el poder no solo se daban entre los caciques araucanos, sino también entre los diversos agentes de la institucionalidad imperial. La presencia en Santiago de un gobernador relativamente nuevo, que no sabía aún manipular las finas sutilezas de los patricios, permitía suponer que finalmente sucumbiría bajo el tentador atractivo de la guerra por su asociación con el honor y la gloria militar. Sin embargo, Jauregui, quien lentamente se compenetraba del modo de hacer política en Chile, no se dejó convencer por los rumores que sus subalternos le enviaban desde Concepción. En una carta de tono enérgico y decidido, el gobernador manifestaba que de las cartas remitidas por Sematnat y Carvallo,

«nada mas se infiere que unas implicancias conjeturas de las intenciones del (capitán digo) Casique Ayllapan de quitar la vida al Pehuenche Lebian o de confederarse con este para inbadir nuestra frontera...»⁸⁰

Teniendo en cuenta que los temores expresados por los jefes militares podían carecer de fundamentos, y que sus preparativos seguramente causarían justificadas sospechas entre los naturales, Jauregui reiteró las instrucciones que envió a mediados de diciembre de renovar el dialogo con los lonkos, ordenó el retorno de Higgins de la Isla de la Laja y dispuso de modo terminante que se desmovilizaran las fuerzas militares adicionales que se agrupaban en la frontera. Asimismo rehusó otorgar su autorización para que se formara un campo volante y dispuso que se licenciaran las milicias. En una comunicación muy tensa, el agente borbón estableció además las reglas que debían normar las acciones de los españoles hacia las guerras inter-tribales; en una lúcida defensa del derecho que tenían los araucanos de resolver sus disputas sin la interferencia de sus vecinos europeos, Jauregui manifestó:

⁸⁰ «Jauregui a Sematnat, 4 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, f. 638.

«las malocas que son de costumbre innemorial entre los Barbaros son la mas constante prueba de no maquinar contra los españoles, y muy combenientes y favorables a estos porque entre tanto están libres de ser insultados por no ser compatibles, divertidas sus fuerzas en hostilizar unas Reducciones a otras, las puedan emplear en perjuicio de los nuestros a quienes de ninguna suerte es permitida la confederación con los Casiques para robar, herir o matar a sus contrarios, pues esto rompería dos o tres años de paz, provocar irracionalmente a todos a una general conspiración muy justa como hecha en su defensa, y en ninguno recide facultad para insultar y ofender, supuesto que Su Magestad tiene prevenido el modo y termino de recompenciones aun después de declarada la guerra por los Yndios, y que pasado el tiempo sino sobreesen en su rebeldía, y hostilidades se les castigue a proporción, observando rigurosamente la defensiva»⁸¹

La visión de Jaureguí de las guerras tribales reflejaban un profundo pragmatismo, especialmente cuando evaluó el efecto distractivo que tenían estas luchas en el desplazamiento de los recursos militares araucanos. Subyacía en el pensamiento del gobernante un nuevo elemento que desde comienzos de la década los agentes de Carlos III intentaban imprimir a las relaciones que la corona pretendía establecer con los indios libres de Araucanía y las Pampas: la visión de un pacto directo entre el rey y las tribus araucanas, por sobre intereses particulares del reino de Chile. Su insistencia en la guerra defensiva autorizada por el monarca era solamente comparable al temor que le causaba el comienzo de una nueva guerra hispano-araucana; por sobre estas consideraciones tácticas, estaba el sentido de justicia que otorgaba a un posible alzamiento araucano causado por las provocaciones de los hispano-criollos. En el programa político del gobernador, que era legitimado por Madrid, adquiriría cada vez más importancia mantener la paz con los araucanos y establecer, sobre todo, el imperio de la ley y el concepto de gobierno justo que contribuiría a transformarles en vasallos fieles de la corona. Asimismo se pretendía ejercer más control y reimponer la autoridad del rey sobre los díscolos beneméritos de Chile. Como manifestara el gobernador refiriéndose a Balathasar Gomez, comandante del fuerte de Nacimiento, los rumores que esparcía carecían de la menor lógica «nacimiento este absurdo de su mala conducta y ligereza...»⁸² Describiendo sus descabellados planes de organizar una maloca de españoles e indios para asesinar a Ayllapangui, el gobernador expresó en su comunicación lo que habría de constituir la pieza clave de la política monárquica hacia las luchas tribales.

⁸¹ Ibid.

⁸² Ibid.

«Consecuente a estas prebenciones - escribió el gobernador - desapruebo el pensamiento del expresado comandante Gomez de auxiliar con voluntarios a los Casiques para la Maloca que propone, y no condesiendo tampoco en que los españoles entren a cortar la cabeza a Ayllapan y a toda su familia como U. S. lo piensa, porque de esta acción, independiente de que nos hiciéramos responsables de todas sus resultas, se siguiera que en lo venidero no dieran jamas crédito los Yndios a las ofertas de los que gobiernan, y los tubieran con rason por faciles en quebrantarlas, lo que reprobaría el Rey con efectos de muy justa indignación, y yo no puedo en manera alguna de sus Reales piadosas intenciones sino cumplir exacticisimamente lo que tiene mandado que es lo mismo que U.S. deve executar sin excederse un punto...»⁸³

El panorama que ofrecía la frontera del reino Biobio de aquellos días era confuso. De una parte, los arribanos encabezados por Ayllapangui insistían en con tituirse en un poder político y militar autónomo en la región oriental de la Araucanía, aunque ello significara un quiebre del butalmapu Ilanista y el crudecimiento de sangrientas guerras tribales. Para conseguir su objetivo estratégico, Ayllapangui y sus aliados buscaban alianzas con los cacicazgos más opuestos y convocaban sus fuerzas para combatir unidos contra los segmentos pehuenches de Leviant, Angol, Repocura, Imperial y Boroa, viejos centros del poder indígena tradicional se veían desafiados por Ayllapangui, lo que les movía a estrechar sus lazos con los hispano-criollos de Concepción y al mismo tiempo a unirse y cerrar filas entre sí. Leviant y Manquel, comenzaban a sufrir el acoso de los huilliche-pehuenches apoyados por los mallequinos y sus aliados, y eran testigo del acercamiento que se producía entre los pehuenches Huignir, Curin y el arribano Ayllapangui. Teniendo en cuenta la formidable alianza que compuso Ayllapangui con los cacicazgos de Chacaico, Mulchen, Tromen y Quechereguas, era posible temer que el capitán de Malleco hiciera realidad su propuesta de constituir finalmente el Inapiremapu. El ejercito fronterizo, de otra parte, se esforzaba por mantener vivo el espectro de la guerra para justificar sus gastos, introducir medidas de emergencia y continuar gozando de la influencia política que habían conquistado en la burocracia y el mundo local durante casi dos siglos y medio de conflicto con las etnias del sur. El gobernador mientras tanto, intentaba de una parte hacer vista gorda de las empresas maloqueras de Ayllapangui, procuraba controlar a sus subalternos y trataba de fiscalizar y ordenar los asuntos de la frontera, inspirando por un concepto de gobierno metropolitano que no se conocía por muchas décadas en

⁸³ «Sematnat a Jauregui, 13 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, f. 642.

la región. Al igual que su antecesor, Jauregui no parecía tener el poder que se podía esperar de un agente del rey, sino que surgía como otro sujeto más en la sorda disputa entre araucanos, criollos y españoles. Para complicar aún más este escenario, el gobernador se presentaba con un plan que contemplaba la designación de personeros embajadores que alteraba fundamentalmente las reglas que regulaban hasta allí el desenvolvimiento de las relaciones hispano-indígenas. Su proyecto era convertir finalmente al araucano en vasallo del rey, empresa para la cual no contaba con funcionarios especializados ni con el apoyo de la Iglesia. Su único capital era la buena voluntad de los propios indios.

Sin embargo, en medio de tantas ambigüedades, la amenaza de la maloca de Ayllapangui contra Leviant era una realidad. En consecuencia, el gobernador ordenó al maestre de campo que se alertaran las guarniciones, que se dispusieran exploradores en los campos y que se instruyera a los corregidores para que tuviesen listas a las milicias en caso de un ataque indígena. Asimismo, instruyó a Sematnat que convocara a Leviant al fuerte de Los Angeles para informarle de los planes de Ayllapangui. Sematnat respondió el 13 de enero que había ordenado el retiro de las milicias apostadas en La Laja y que había comunicado reiteradamente a Leviant «de las deprabadas intenciones del Casique Ayllapan»⁸³ En una segunda carta enviada al gobernador, Sematnat hizo un largo catalogo de las deficiencias del ejército a su mando, principalmente la falta de caballos, y la incapacidad en que se hallaban los soldados -con sueldos de apenas 6 pesos mensuales- para renovar sus cabalgaduras. Respecto a las noticias que hacía llegar a Santiago, el maestre de campo se defendió alegando que le llegaban de los comandantes y que no tenían más vía de comprobación «que el escuchar los indios que bienen de la tierra...»⁸⁴ En una nota más personal, y que no era excepcional en la conducta de un soldado peninsular que debía conciliar los problemas que acarrearba la indisciplinada de los soldados de la frontera con la falta de experiencia de los nuevos batallones llegados al país en 1770, Sematnat manifestaba:

«Desde que llegue a este Reino obediendo las ordenes como devo, y es correspondiente a mi honor del Exmo. Señor Virrey, me he dedicado siempre por quantos terminos me han sido dables como lo hare constar siempre que combenga, a traerme los Peguenches a mi voluntad, pero mas que lo he procurado, no puedo asegurar el haverlo conseguido»⁸⁵

⁸⁴ Ibid.

⁸⁵ Ibid.

A pesar de las incertidumbres y dificultades que causaba la maloca de Ayllapangui contra Leviant, la propuesta de establecimiento de personeros embajadores comenzó a ganar credibilidad con la junta celebrada en Concepción por el maestro de campo y los principales jefes del butalmapu Lavquenche o de la Costa. Los lavquenches, encabezados por el Cacique Gobernador Francisco Neculbud, se reunieron con Sematnat el 10 de enero en presencia de Higgins y otros oficiales para escuchar la propuesta del gobernador. Después de exaltar los méritos y beneficios que tendría la instalación de representantes en Santiago, Neculbud «respondió con bastante entereza...que lo que havia de desir mañana lo decía oy, que por su parte no consentia a ello...»⁸⁶ El rechazo original de Necubud cambió radicalmente al día siguiente de la parla, en la que el Casique Gobernador de los costinos presentó al Pasqual Guinaman como el sujeto que les representaría en Santiago. Junto a él viajarían otros dos caciques: Juan Marinan y Ygnacio Reuque. Jauregui al enterarse del nombramiento expresó estar «complacido» y autorizó que se les dieran cabalgaduras para que viajaran a Santiago; asimismo dispuso que los corregidores de la zona intermedia entre Concepción y Santiago facilitaran el viaje de los embajadores.⁸⁷ De este modo se dió el primer paso en una de las reformas más substanciales introducidas por el monarca borbón en el sistema de relaciones hispano-araucanos. No obstante, antes que se diera comienzo a una nueva era, debían resolverse los problemas pendientes, principalmente disipar la guerra que se cernía entre pehuenches, arribanos y llanistas.

CUADRO 2
LISTA DE CASIQUES LAVQUENCHES QUE ATENDIERON
LA PARLA DE CONCEPCIÓN, 10 Y 11 DE ENERO DE 1774

Reducción	Casiques Gobernadores	Casiques Suelos	Mosetones
Cholchol	Chiguaycura	3	30
Tirua	Don Pasqual Guenuman	2	26
Coinco	Don Phelipe Ynalican	2	16
Danilgue	Don Marcos Guenchunaguel	8	20
Imperial	Don Lorenzo Colicoi	20	30
Arauco	Don Francisco Neculgud	7	18
Molguilla	Don Ygnacio Llancagueno	1	14
Colcura	Chiguayllanca	2	8
Mochita	Don Marselo Heteleu	3	5
Nonguen	Don Fernando Ynalican	3	8
Suma 11	Casiques Gover. res.	58 casques	197 ms.

Fuente: «Lista de los Casiques y mocetones que han asistido a esta Ciudad el día nuebe de Enero de mil settecientos setenta y quatro», MBA, vol. 2, f. 683.

⁸⁶ Ibidem.

⁸⁷ «Jauregui a Sematnat, 22 de enero de 1774», MBA, vol. 2, f. 685.

4. La carta de Curiñancu.

La tradicional anarquía y desorden que afectaban la situación política y militar de la sociedad fronteriza se empeoraba en los meses de verano, cuando se registraba un continuo trajín de peones, gañanes, cuatrerros y mal entretenidos que merodeaban los pagos más ricos de las estancias y villas hispano-criollas en busca de trabajo, botín o presas. Detrás de ellos emergían los conchavadores y buhonerros, que con sus chaquiras, objetos de metal, aguardiente y vino, comenzaban a internarse con sus recuas y caravanas hacia los rehues araucanos en busca de la sal, los trastos de madera y los preciados ponchos y tejidos. A ellos se sumaban los propios indígenas, que en esa época se preparaban para cruzar los pasos andinos con rumbo a las ricas estancias ganaderas del Este o que cruzaban el río Biobío para participar como jornaleros en las labores agrícolas de las estancias penquista. Caciques, ulmenes, comerciantes, guerreros y mocetones comenzaban nuevamente a buscar la riqueza, el señorío o la fama que les otorgaban el trabajo asalariado, la actividad comercial o la empresa del malón. Justamente en este contexto, el maestre de campo Sematnat recibió a principios de enero una extraordinaria carta de Curiñancu en la cual el cacique de Angol, demandaba el apoyo de la monarquía para terminar de una vez con Ayllapangui. En su comunicación el cacique más poderoso del butalmapu Llanista manifestaba:

« Muy Señor mio:

No puedo menos como leal basallo del Rey mi Señor que es buscar los medios mas favorables para castigar a todo este Guitanmapu que comprehende desde la orilla de Bureu hasta los Confines de Chacaico, pues a menos que no tome las armas destruirán todo el Reino, que no es otro su fin lo que US. puede acreditar con las muertes de los cuatro Españoles, y los robos tan insesantes que continuamente se están ofresiendo...»⁸⁸

Para no dejar lugar a ambigüedades, el otrora enemigo de los españoles comunicaba al jefe militar de la frontera que había hecho «exparsir mis boses en todos mis Guitanmapus» para que se convocaran los conas y llevaran a cabo la maloca contra el Inapiremapu encabezado por el cacicazgo de Malleco. En su opinión, observaba Curiñancu,

«lo que combiene que a todos esos Casiques, y demás Basallos los ponga US. en prición, y extrañarlos para siempre del Reyno, y todos aquellos que el Comandante de la Plasa del Nacimiento Don Balthasar Gómez allane por combeniente que queden libres puede US

⁸⁸ «Carta del cacique Agustín Curiñancu al maestre de campo Balthasar Sematnat, 11 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, ff.

hacerlo porque el los conoce a todos; prebiniendo a US. que este castigo siendo a pedimento nuestro no tiene US. ni el Señor Capitán General que poner el reparo de que nosotros lo tomemos por traición ni que el Rey mi Señor nos falte a su palabra, pues yo como señor de Basallos pido el castigo en compañía de mis Casiques como son el Casique Caniuncura, Guempillan, Millaleb, Tagomilla; porque así combiene sin que US. tenga piedad de ellos y en particular con el Casique de Malleco nombrado Ayllapan, porque este ha corrido toda la tierra...»⁸⁹

Solamente la acción concertada con el comandante Balthasar Gómez, continuaba su carta Curiñancu, había conseguido desbaratar los planes del toqui arribano; frustrado por el estado de alerta en que encontró las fronteras Ayllapangui se había visto obligado a suspender sus operaciones contra los españoles para dirigirse contra las asentamientos de Leviant a liquidar a los pehuenches. Sin embargo, el propio cacique Peguenche-Guilleche Catiyau no había aceptado el ofrecimiento de fuerzas hecho por Ayllapangui,

«porque de antemano así yo como el Comandante de el Nacimiento teniamos echo mensaje al Casique de Maquegua don Juan de Antivilu para que le diese la vos al dicho Peguenche Catiyau quien ya se hallaba prevenido, y habiéndole hecho sus propuestas el dicho Ayllapan, le respondió el Peguenche de que no podía porque ya tenia de el Comandante del Nacimiento resivido sus mensajes para que no se moviese a nada, y que independiente de esto no tenia agravio ninguno para con los Españoles, y que lo que procuraba era vivir sosegado en sus tierras, y que únicamente pretendía el que el casique Peguenche Levian no le maloquiase ni le diese mas guerras, y no habiendo conseguido su fin Ayllapan pretendio el hacer las paces de parte de Catiyau para con el dicho Levian; prebiniendo a esto a US. que el dicho Ayllapan fue con dos intenciones como es el que si el dicho Catiyau en compañía suya le quitaban la vida a Levian seguir la guerra con los españoles, y no consiguiendolo hacer las amistades con Catiyau y Levian y quedar todos unidos, y conseguido esto seguir la guerra con los Españoles.»⁹⁰

La estrategia que Curiñancu atribuyó a Ayllapangui no estaba lejos del modo de actuar de los indígenas, cuyas acciones estaban dirigidas a formar alianzas entre sí para contrarrestar el poder de sus enemigos. Acusados permanentemente de no ser capaces de mantener sus juramentos, lo que los jefes mapuches enfrentaban era la incesante formación de federaciones y alianzas

⁸⁹ Ibid.

⁹⁰ Ibid.

intra e inter-tribales que originaban nuevas estructuras de poder y que causaban nuevas y sangrientas disputas. Dicho de otro modo, la campaña de Ayllapangui, orientada al principio a buscar aliados entre los pehuenche-huilliches de Catiyau, fracasó porque Curiñancu y Antivilu ya habían cerrado filas con los pehuenches Leviant y Manquel. En este concierto de alianzas inspiradas por el oportunismo, los españoles surgían como una poderosa fuerza que podía ser movilizada contra los enemigos. La comunicación de Curiñancu estaba precisamente dirigida a reforzar los lazos con Sematnat y asegurar de ese modo la participación de los hispanos en su lado en caso de que estallara una guerra entre los butalmapus. Al respecto, el cacique de Angol apuntaba con no disimulado temor:

Todo esto que expongo a Us. es sierto y yo porque no me quería ligar con el, tiene dispuesto el cortarme la cava y con el motivo de haberle embiado Yo a decir a Levian secretamente con el Casique de Santa Fee Don Ignacio Levigueque que dentrasemos a arrasar este Guitanmapu, temo el que yo se lo haiga dicho porque después de esto supe (que) el dicho Levian havia pedido a Us. el ponerse de pasero para tener el paso libre a Ayllapan, y incorporarse con el, y dar abanse a los Españoles en estas cosechas de trigo; lo que expongo a US. para que echo cargo del estado en que me hallo me auxilie con doscientos hombres trayendolos consigo el Comandante del Nacimiento, no por necesitar de esta gente sino para que sirvan de testigos...»⁹¹

Curiñancu continuaba siendo un lonko poderoso, pero su poder dependía de la subsistencia de la alianza que mantenía con Leviant y Levigueque y que su ascendiente no mermara en el seno del butalmapu Ilanista. No obstante, como se desprende de su carta, los cimientos eran frágiles y cambiante. En la medida que el poder de los caciques quedaba circunscrito a la jurisdicción de sus cacicazgos, o cuando más a la red que tejían sus alianzas políticas, era necesario asegurarse que los demás butalmapus se mantendrían neutrales en caso de una maloca indígena. Por esta razón, Curiñancu estimó necesario solicitar al maestre de campo

«que exforce a sus quatro Guitanmapus, porque de no benir se pierde la función, lo que puede obligarme a seguir a los rebeldes presiado y por no perder la vida, y si estos toman las armas le sera al Rey de mucho gasto, y costara mucho para sosegar esto»⁹²

⁹¹ Ibid.

⁹² Ibid.

El quiebre de las relaciones inter-tribales en el seno del butalmapu Ilanista había llegado a un estado de deterioro total. Amenazado por Ayllapangui y sus aliados de Renaico, Chacaico y los cacicazgos situados inmediatamente al sur de Angol, Curiñancu temía que eventualmente se cortarían sus comunicaciones con Maquegua, Quechereguas y Boroa, que en aquellos momentos monopolizaban el tráfico ganadero transandino y comenzaban a ejercer control sobre los segmentos pehuenches meridionales y los nuevos asentamientos mapuchizados de Neuquén, Limay y las Pampas. La intrusión de Malleco, Chacaico y Renaico y el fortalecimiento del Inapiremapu, o butalmapu de la cordillera, significaba en el largo plazo el aislamiento de los llanistas, anunciaba el fin de su posición de privilegio en lo que decía relación al comercio fronterizo con los hispano-criollos y, de una vez por todas, reducía sus posibilidades de contar con sus propias vías de desplazamiento y abastecimiento hacia y desde las Pampas. Por su parte, Ayllapangui y sus aliados se esforzaban por asegurar esta salida hacia el Este consolidando sus lazos con los pehuenches de Leviant, o bien apoyando a los pehuenche-huilliches de Antiyau. Enfrentado al dilema de un futuro tan incierto, en el que la suerte de los angolinos quedaba a merced de la posible alianza entre mallequinos y pehuenches, Curiñancu decidió influir sobre estos acontecimientos diseñando una alianza definitiva y total con los hispano-criollos. Con palabras que no dejaban de ser dramáticas en boca de uno de los jefes araucanos que en la década previa encabezó los esfuerzos militares destinados a preservar la autonomía territorial de la Araucanía, el cacique de Angol manifestó:

«Señor para que US. bea el deseo que tengo de servir a Dios y al Rey mi Señor así yo como todos mis Casiques, y basallos, es nuestra voluntad el que el Rey mi Señor ponga una fortificación en nuestras tierras de Angol, y después dado el abanse, y arrasado todo este Guitanmapu del casique Ayllapan darlo todo a beneficio del Rey mi Señor, y que ponga si fuese de su agrado tres fortificaciones mas poniendo en primer lugar en la ciudad perdida de Angol, la otra en Mulchen, y la ultima en Malleco, que poniendoles este freno se gosara de una Paz verdadera; me parese no tener mas que poder ofreser pues para maior firmesa doce mil hombres de armas que tienen nuestros quatro Guitanmapus hacerlos que rindan las armas a favor del Rey mi Señor esto es consediendome todo lo que aquí llevo pedido, yo y todos los Casiques de mi Reducción de Angol. Dios Guarde a U.S. Ms. As. Nacimiento, y Enero Onse de mil setecientos sesenta y quatro. Besa las Manos de U. S. su mas rendido Basallo Don Agustín Curiñancu. Señor Maestre de Campo General Don Balthasar Sematnat»⁹³

⁹³ Ibid.

Para conseguir la derrota de Ayllapangui e impedir el surgimiento del Inapiremapu, Curiñancu prometía entregar la Araucanía oriental a España, autorizaba la construcción de cuatro fuertes y ofrecía rendir las armas de los guerreros de los cuatro butalmapus. Se puede pensar que las palabras de Curiñancu eran promesas vacías inspiradas por nuevas ambiciones entre aquellos que determinaban la vida política de la Araucanía. Probablemente lo eran, pero también eran las palabras de un hombre atemorizado, pues su poder era solamente nominal y su autoridad descansaba sobre el consenso de otros hombres, cuya voluntad no podía controlar o dominar. La conducta de los jefes araucanos no era irresponsable ni inconsistente; sus cambios de opinión eran solamente un reflejo de las frágiles instituciones que constituían el mundo de la política tribal, siempre afectada por la contradicción que engendra el señorío en una sociedad igualitaria, que en este caso era deformada por las intrigas de sus vecinos europeos. La seriedad de la amenaza quedaba demostrada por las malocas y contra malocas, que confirmaban que la alternativa al fracaso político entre los grandes caciques de la Araucanía era la muerte. Curiñancu no se veía a sí mismo ajeno a este destino, especialmente si sus temores de una alianza entre Ayllapangui y Leviánt se hacían realidad. Por esta razón, como informó el comisario de naciones al maestro de campo, el cacique de Angol buscó refugio en un fuerte hispano.

El ingreso de Curiñancu y su familia a la plaza de Nacimiento fue seguido por una movilización general de los Ilanistas. Según manifestara Gómez, Curiñancu dejó a sus «basallos y Casiques metidos en los montes temiendo el golpe del Casique de Malleco Ayllapan»⁹⁴ Mientras tanto, los werkenes de Angol llegaron a los cacicazgos aliados del butalmapu Ilanista fronterizo para convocarlos a la guerra contra los mallequinos.

La nueva situación política que creó el quiebre público de las relaciones sociales entre Curiñancu y Ayllapangui y los preparativos que se hacían en los rehues para la guerra tribal fueron aprovechados por el comisionario de naciones para abogar nuevamente por la intervención del ejército del rey en la guerra que encabezaba Curiñancu contra los arribanos. Argumentando que no se podía contar con la lealtad de Ayllapangui, el comisario de naciones manifestaba que era mejor auxiliar a Curiñancu,

«siendo este de tanto poder pareseme el que se consiga este negocio pues ya de antemano así el como yo emos tenido barios mensajes de todos los Guitanmapus del dho. don Agustín embiandonos a decir de que no esperan mas de nuestra bos para acabarlos, y estos se hallan muy odiados en toda la tierra....»⁹⁵

⁹⁴ «Gomez a Sematnat,, 11 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, f. 659.

⁹⁵ *Ibid.*

Reiterando sus viejas posiciones belicistas y pretendiendo modificar la opinión de Sematnat, y quizás la del gobernador, el comisario de naciones recurrió una vez más a la amenaza de la guerra y encubrió su retórica confrontacionalista con el discurso aparentemente moderado de un veterano de la frontera. Arguyendo que no tenía más que decir o hacer, Gómez concluía su carta con las siguientes palabras: «Solo digo a U.S. que si a este Casique no se le c n ede lo que pide se veran presidados a incorporarse con los casiques de este otro Gutanmapu, y sera una guerra insesante, y acabaran de arruinar al Reyno...»⁹⁶

La extraordinaria propuesta hecha por Curiñancu de rendir las armas de doce mil guerreros araucanos y permitir la construcción de fuertes a través de los territorios ocupados por los Ilanistas y sus vecinos arribanos era un hecho trascendente en la historia fronteriza que requería verificación. El maestre de campo dispuso que Gabriel Sosa, capitán de amigos de la reducción de Curiñancu hiciera una declaración jurada, dando testimonio de la autenticidad de la carta escrita por el lonko Ilanista. El procedimiento dejaba entrever que los propios jefes fronterizos desconfiaban de la veracidad de los rumores y expresiones que circulaban profusamente en fuertes y villorrios. El 13 de enero se reunieron en Concepción varios oficiales de jerarquía encabezados por el sargento mayor Pedro Quijada para tomar declaración a Sosa. En ella, se le preguntó

«Si jurava a Dios, y prometía al Rey decir verdad sobre lo que le fuere interrogado a lo que responde si lo Juro. Si le constava que la Carta que escrivi el Casique de la Reducción de Angol Dn. Augn. Curiñancu es dictada por dho. Dn. Agustín sin que haya intervenido Consejo de parte de alguno otro para ello, y si save tenga algn. fin particular contrario a lo que propone: el concepto que forma de las ideas por dho. Dn. Augn. si es sierto se halló presente a la proposición qe. Ayllapan hizo en la Publica Parla que hubo en la Plasa del Nacimiento y que consta por la Carta del Comandante de dha. Plasa su fha. onse de Enero del preste. año, y lo demás que supiere sobre el asunto. Respondio, y dijo que la carta del Casique don Agustín Curiñancu fue dictada por el sin intervención ni Consejo alguno qe. el concepto que la forma de la proposición de dho. Don Augustin Curiñancu le parese no llevar segunda intensión...»⁹⁷

El interrogatorio de Sosa no dejó conforme al gobernador Jauregui. El 22 de enero, el gobernador transmitió al maestre de campo instrucciones para evitar que las propuestas hechas por Curiñancu adquiriesen cuerpo, y le ordenó que negara el apoyo de 200 soldados que solicitaba. En su comunicación, Jauregui precisó aún más la política que debían seguir los oficiales españoles frente a los

⁹⁶ Ibid.

⁹⁷ «Declaración Jurada del Capitán de Amigos Gabriel Sossa», *MBA*, vol. 2, ff.

conflictos internos de los indios, reiterando el principio de no-intervención en los asuntos tribales. Lo más importantes fue el carácter estructural que dio a esta política, vinculándola directamente a los acuerdos que existían con los cuatro Butalmapus. En otras palabras, más que pretender ganarse al poderoso jefe de Angol y conseguir el sometimiento de los Ilanistas, Jauregui prefirió hacer respetar los tratados y compromisos de 1771 y 1772 y consolidar de ese modo el pacto colonial iniciados por su predecesor Morales. En su pensamiento político primaba el estadista que plantea estrategias de larga duración, por sobre el oportunismo táctico que parecía regir las decisiones de los jefes de la frontera. Refiriéndose a las cartas que había recibido desde la frontera describiendo

«las interiores discordias de los Casiques, y a la propuesta de dho. Curiñancu de castigar a todo el Butalmapu que se comprehende desde la orilla de Bureo hasta los Confines de Chacaico, combocando para ello a los quatro Guitalmapus a fin de que confederados den el asalto dentro de diez y ocho días, auxiliandosele con Doscientos hombres sugetos al mando del expresado Comandante, y teniendo anticipadamente prebenido a U. S. que supuestos los Tratados de Paz no ai arbitrio para faltar a ellos en manera alguna, ni dar ocasión por parte de los españoles a inquietud ni rompimiento pudo haver desesperanzado desde luego al referido Casique advirtiendole que lo que se promete se deve cumplir perfectamente y que Yo devo auxiliar hechos contrarios a lo que ofresio mi antecesor en nombre del Rey, sino solamente castigar a los perturbadores de la Pas ofrecida por todos en los serios actos de los Parlamentos qe. han habido y que si se halla con los recelos que expone y han dado mérito a abrigarse de dha. Plasa con su familia según expone el Comandante, no se le negará la hospitalidad en terminos haviles hasta que cesen los motivos de su refugio, dejandose de venganzas qe. le pueden ser perjudiciales, y al Comandante que se abstenga de apoyar semejantes pensamientos sino quiere que yo ponga por obrado hacerlo traer a esta, y darle el castigo que corresponde, lo prebendra U.S. de mi orden»⁹⁸

Las expresiones de Jauregui reflejan una meditada evaluación tanto de la situación de desorden que imperaba al sur del Biobio como del efecto que tenía en los asuntos tribales el apoyo que brindaban el comisario de naciones y los jefes de los fuertes fronterizos a unos lonkos contra otros. Sin ignorar la necesidad de proteger a Curiñancu frente a un posible ataque de Ayllapangui, el gobernador eliminaba de raíz toda posibilidad de participación del ejército en la guerra de Ilanistas y arribanos cuando manifestaba «que supuestos los Tratados de Paz no ai arbitrio para faltar a ellos en manera alguna»; esta era una

⁹⁸ «Jauregui a Sematnat, 22 de enero, 1774», *MBA*, vol. 2, f. 668.

manifestación inequívoca de la voluntad del representante de Carlos III de mantener vigentes los acuerdos de los parlamentos previos. No obstante, quizás la frase más significativa no decía relación con los indios sino con sus oficiales cuando manifestaba, con un lenguaje típico de los agentes reformadores metropolitanos que intentaban reducir el poder de los patricios insertados en la estructuras políticas locales, «y al Comandante, que se abstenga de apoyar semejantes pensamientos sino quiere que yo ponga por obra hacerlo traer a esta, y darle el castigo que corresponde.» Si en algún momento el proyecto intervencionista y fiscalizador de los borbones se hizo sentir en el país, probablemente fue con frases como esta. La preocupación del gobernador estaba dirigida a solucionar el problema de una guerra tribal pero también se proponía disciplinar a su propia gente. El celo fiscalizador de Jauregui no se quedó en meras palabras. El mismo día de su carta a Sematnat, el gobernador comisionó a Higgins para que investigara los diversos eventos relacionados con la oferta hecha por Curiñancu de rendir las armas de los araucanos y, en general, identificar a los españoles que hacían circular rumores y noticias falsas para mantener el clima de tensión en la frontera. Refiriéndose a la carta de Curiñancu, Jauregui manifestaba que la «suponía» escrita por el cacique,

«sin embargo de ser manifiestamente falso...recombendra U.S. con ella al mencionado Casique preguntandole si en efecto la dicto o dio los puntos que contiene, quien la escrivio, y quienes estaban presentes o fueron sabedores de ello, que motivos tiene de recelar de los Casiques Ayllapan y Levian, si ha pedido auxilio de Doscientos hombres, por que razon ha desamparado su Pueblo, y quien le ha inducido a combocar a los Butalmapus para dar asaltos a dho. Ayllapan y a los demás de su Nacion...»⁹⁹

Luego agregaba:

«descubriendo a que sea la malicia o la falsedad sobre dicha formalizara U.S. las diligencias remitiendome las Declaraciones que resiviese en el asunto, y de resultar culpado dho. Sosa lo pondrá U.S. en arresto hasta nueva providencia, suspendiendo de su ejercicio al Comandante (Gómez) si también le reconociese culpado, en cuyo caso hará que pase a la Plasa de Yumbel prebiniendo al Mre. de Campo con anticipación que nombre otro en su lugar, con la misma reserva sagacidad y prudencia...»¹⁰⁰

Higgins debía también averiguar si era cierto que Ayllapangui había intentado «quitar la vida» a Leviant, «o si todo es falso, y conserva amistad y

⁹⁹ «Jauregui a Higgins, 22 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, f. 669.

¹⁰⁰ *Ibid.*

buena correspondencia...» Asimismo, debía entrevistarse con Leviant y Ayllapangui para manifestarles que por ser «los principales...deven dar exemplo a los demás, y enseñar a todos que cumplan su palabra y mantengan la paz que tienen prometida...» y evitar de ese modo el surgimiento de un clima de desconfianza que podía originar nuevas guerras. Por su parte, Higgins debía manifestarles que les

«estimaba mucho por los buenos informes que he tenido de su fidelidad y amor al Rey y honrrados procedimientos y qe. me paresera mui mal qe. los otros qe. no tienen tan buena opinión se mantengan fieles y en quietud, y que ellos de quienes tenía mas confianza me den lugar a indignación quando deseava conoserlos como lo hize con el Casique Manquel...»¹⁰¹

La postura de Jauregui frente a Leviant y Ayllapangui era sumamente curiosa. No solo mentía al manifestar tener buenos informes de ambos, como se evidencia en los testimonios que se han revisado hasta aquí, sino que también reflejan una voluntad de negociar con los jefes más poderosos a costa de cometer el grave error de no creer en las declaraciones de sus propios oficiales. ¿Por qué actuaba así el gobernador? La respuesta más simple es que lo hacía por falta de experiencia en los asuntos fronterizos e ignorancia de la veleidad e inconstancia que se atribuía a los líderes tribales. Probablemente estos factores explican su aparente ingenuidad. Pero en otro nivel, es evidente que Jauregui estaba muy al tanto del modo como se ventilaban los asuntos indígenas en Concepción. La elección que hizo de Higgins como hombre de confianza, su abierta hostilidad hacia los comandantes fronterizos y el comisario de naciones, su desconfianza hacia los capitanes de amigos, y en general su actitud escéptica frente a las noticias que llegaban a Santiago desde la región del Biobío, demostraban que él y sus asesores estaban dispuestos a eliminar el problema araucano no por medio de una guerra, sino a través de la desestructuración de la élite que manipulaba las relaciones con los indígenas y que monopolizaba el quehacer político fronterizo y del reino. Así, mientras establecía en la práctica el cogobierno de la Araucanía con Leviant y Ayllapangui, el gobernador restauraba la autoridad de la administración entre los discolos oficiales y sujetos de importancia. A pesar de las serias dificultades que surgían contra la posibilidad de conseguir el consentimiento de los caciques de nombrar embajadores, el gobernador insistió en sus instrucciones a Higgins para que atendiera la junta de caciques «haciendoles presente las razones de combeniencia que le he prebenido, y adelantando las demás que le parezcan alicientes...»¹⁰² Al mismo tiempo, a través de una comunicación al maestro de campo, Jauregui autorizó el aporte de provisiones y animales para la junta que convocó Curiñancu el 28 de enero de 1774. Higgins acusó recibo de las instrucciones el 12 de enero y manifestó estar pronto a atender

¹⁰¹ Ibid.

«la subsecuente Junta General que prometio el dho. Casique selebrar en su Pais, cuyo obgeto principal se dirige a tratar sobre el nombramiento de Embajadores de parte de estas Naciones deben elegir y residir aserca de V. Señoría en esa Capital...»¹⁰³

Ayllapangui, mientras tanto, había retornado de su empresa a los pehuenches sin un resultado decisivo en sus manos; nuevamente se hacían presentes la incertidumbre y las ambigüedades que impregnaban la vida política fronteriza. Aparentemente, la feroz maloca contra los toldos de Leviant se había transformado en una alianza militar entre Malleco y Rucalhue.

5. Las negociaciones de Higgins.

A fines de enero de 1774, las posibilidades de un nuevo estallido bélico entre pehuenches, Ilanistas y arribanos era inminente. Ayllapangui, Curiñancu y Leviant se preparaban a marchar con sus mocetones rumbo a los rehues enemigos. Cada cual perseguía intereses diferentes, pero sus acciones apuntaban a un objetivo común: el poder tribal Ayllapangui se movilizaba para afianzar el status de Malleco y asegurar el surgimiento de un nuevo butalmapu, mientras Leviant y Curiñancu luchaban por la defensa del poder que ya tenían y la sobrevivencia de sus respectivos cacicazgos. Solamente quedaba pendiente la comisión otorgada a Higgins de convocar una junta general de indios para proponerles el plan de embajadores a los líderes de los cuatro butalmapus. Higgins se presentó con una escolta de cuatro soldados al fuerte de Nacimiento para dar inicio a su gestión como representante directo del gobernador del reino. Allí se encontró con noticias frescas de los movimientos que se registraban en el territorio indígenas; de acuerdo a los rumores que recogió, los indígenas se encontraban en «un estado de vastante fermentación». Inmediatamente envió sus mensajeros a todos los caciques invitándoles a atender una junta general para exponerles las disposiciones del gobernador «y trata de componer todas las diferencias suscitadas entre ellos mismos...»¹⁰⁵ En su comunicación, Higgins les reiteraba a los jefes araucanos

«la ninguna sospecha que se manifestaba por nuestra parte de atreberse los Yndios a quebrantar sin motivo alguno los Tratados y Pazes de Negrete, antes si los deseos vibos de V. señoría para solidarlas mas...»¹⁰⁶

¹⁰² Ibid.

¹⁰³ «Higgins a Jauregui, 12 de enero de 1774», MBA, vol. 2, f. 676.

¹⁰⁴ Ibid.

¹⁰⁵ «Higgins a Jauregui, 23 de enero de 1774», MBA, vol. 2, f. 687.

¹⁰⁶ Ibid.

Entre los caciques contactados por Higgins figuraban de modo prominente «Yllapan y Cheuquelem Caudillos de los mal afectos y de las reducciones de Malleco, Chaycacuco y Quechereguas...» Higgins no ocultó al gobernador el desaliento que le acompañaba en su misión, principalmente por su temor a que su intervención no fuese capaz de sofocar la inminente guerra tribal. Refiriéndose a la protección que se otorgaba a Curiñancu en Nacimiento, el capitán irlandés manifestaba que el cacique de Angol

«tiene pedido socorros de jente para contra este de los cantones de Maquegua, Boroa, Repocura y Ymperial; Illapan se halla armado y a la testa según disen de muchas reducciones, ha publicado y lo ha embiado a desir al Comandante de esta Plaza que van contra los de dichos cantones y que nada intentará contra los Españoles...»¹⁰⁷

Según Higgins, los espías avisaban que una partida considerable de conas de Ayllapangui se preparaban para realizar una invasión contra las estancias de la Ysla de la Laja, lo que causó el retiro apresurado de los ganados. Esta situación de alarma generalizada, en que se combinaba el temor de una maloca de proporciones contra las haciendas y villorrios con el peligro de una guerra generalizada entre los diferentes butalmapus, fue empeorada con los rumores que circulaban nuevamente en la frontera sobre la alianza secreta entre Leviant y Ayllapangui; al parecer, anotaba Higgins, más de cien guerreros

«Pehuenches de las parcialidades situadas al sur del Biobio han pasado ya armados al campo de Illapan y es de recelar que otros muchos sigan su partido, y que en lugar de dirigirse contra los Yndios de Maquegua, Boroa y Ripacureu (Repocura?) pasen todos a echarse sobre las Haziendas de esta frontera y sus campañas...»¹⁰⁸

No obstante, a pesar de que la Araucanía parecía estar al borde mismo de una confrontación interna de incalculables consecuencias, los grandes jefes que en esos momentos determinaban las relaciones inter-tribales, apoyaron decididamente la gestión de Higgins, concientes de que de su éxito dependía la guerra o la paz entre los linajes. En un extraordinario vuelco de los acontecimientos, los lonkos suspendieron sus preparativos militares y aceptaron la convocatoria de Higgins de restablecer el «sosiego y la paz». En este contexto se celebró la junta solicitada por Higgins durante la cual el oficial irlandés

¹⁰⁷ Ibid.

¹⁰⁸ Ibid.

«les persuadio a la condescendencia manifestandoles las grandes utilidades que les resultaria de dar con ella, y su efecto, la mayor prueba de su fidelidad y amor al Rey, y de ser imbentiva (inventiva) de los malévolos conchabadores la inconstancia que les atribuian en sus propósitos de lealtad...y enterado de todo vinieron unanimes en hacer desde luego el nombramiento de dichos embajadores...»¹⁰⁹

La reacción de los lonkos y líderes tribales no era nada sorprendente, especialmente después de haber demostrado poseer una refinada conciencia política en sus negociaciones con el obispo Anjel Espiñeira de Concepción en la década del 60 y con el gobernador Morales en 1771. Teniendo en cuenta la calidad de los acuerdos alcanzados en los parlamentos de Negrete y Santiago, y la voluntad que allí expresaron de convertirse en aliados fieles de la monarquía, la formación de lazos más estrechos con la administración era el colorario predecible de los eventos políticos que transformaban el edificio de las relaciones fronterizas desde comienzos de la década. Con todo, la rápida aceptación de la propuesta de embajadores fue motivo de admiración para el propio gobernador. En su comunicación a la corte el gobernador apuntaba:

«Enterados de mis deliberaciones profirieron las notables expresiones de que Dios había estado en mi corazon y me había anunciado la borrasca que amenazaba su desasosiego y turbulencias que acababan de encenderse en sus tierras pues, enterados de mis voces esparcidas por sus Paises, habían los mocetones dejado las lanzas de la mano y los caciques en salir juntamente a oír mis buenos consejos y ordenes que las conducia del referido Teniente Coronel (Higgins)...no solo aceptaron en ella la mencionada propuesta de nombramientos de embajadores o personeros de sus respectivos Butalmapus, sino que en los siguientes puntos que ofrecieron hacer en la citada para deliberar en el asunto con mayor acuerdo rectificaron su primera condescendencia, y en realidad cumplieron sus promesas pasando a la Concepción con los nombrados, los caciques Principales que diputaron a ese efecto y al de que los acompañasen hasta entregarmelos en esta capital»¹¹⁰

La proposición de embajadores hecha por el gobernador de Chile estaba destinada a facilitar el dialogo político con los jefes indígenas, eliminar en parte a la

¹⁰⁹ «Jauregui a Arriaga, 31 de marzo de 1774», *MM.*, vol. 192.

¹¹⁰ *Ibid.*

«burocracia» fronteriza que se hacía cada vez más engorrosa, y contar con «rehenes» de importancia en caso de un nuevo quiebre de hostilidades hispano-araucanas. Paradojalmente, con su propuesta Jauregui eliminó temporalmente la posibilidad de una guerra entre Ayllapangui y Curiñancu, quienes depusieron sus disputas internas para no quedar marginados del plan político del gobernador. Como observara Jauregui en carta al Secretario del Consejo en Marzo de 1774:

«Vendrá V. E. en pleno conocimiento de haberse dicipado por este oportuno y suave (medio) las graves diferencias e inquietudes, que se recaban entre los dos principales caciques de las Reducciones de Malleco y Angol, Ayllapan y don Agustín Curiñancu, estando ya el primero en campaña con mil quinientos indios armados de lanzas, independiente de cerca de otros quinientos que se agregaban del país de Livamuco (Llamuco?) con los que formaron su junta en un llano inmediato al de Quechereguas (el mismo en que el año pasado de 1723 se unieron para el alzamiento general de la tierra) pues...en esas criticas circunstancias llego el casique Cheuquemilla a insinuarles de su parte su llegada a la referida plaza de Nacimiento con lo que se contuvieron en sus revoluciones, separandose los indios de aquel campo y junta...»¹¹¹

La propuesta de nombramiento de embajadores araucanos en la capital del reino tenía un alcance mayor que el mero fin de las disputas entre los indígenas. En realidad, la aceptación de representantes del liderazgo tribal ante las autoridades del rey constituía un segundo eslabón en la política de compromiso y consenso iniciada por el gobernador Morales en 1771. Era, en otras palabras, la puesta en práctica del pacto colonial firmado en Negrete entre la monarquía y las tribus libres de la Araucanía a través del cual se establecían nuevos derechos y deberes. Jauregui clarificó en una carta a España las razones que le llevaron a formular la audaz idea de aceptar embajadores indígenas. En su opinión, para mantener la paz con las tribus independientes era fundamental eliminar de raíz los prejuicios y temores de abusos y malocas que mantenían tanto a indios como a españoles en un constante estado de alerta y agitación. Describiendo el efecto de los constantes rumores que llegaban a Santiago de las operaciones bélicas que supuestamente realizaban los indígenas, Jauregui apuntaba

«Se recelaba de la intención de los Yndios, sin que se verificase resulta alguna de consideración siendo esto bastante para tener en inquietud a la frontera y consternar los ánimos de aquellas gentes, que tan solo las voces difundidas de propósito por los que tienen intereses en agotar los ánimos de los caciques se consideraban ya proximos a ser insultados y hostilizados»¹¹²

¹¹¹ Ibid.

¹¹² Ibid.

Según Carvallo Goyeneche, el acuerdo alcanzado entre los cuatro butalmapus de enviar cuatro representantes diplomáticos en Santiago fue universal, lo que facilitó su designación y apresuró su viaje a la capital a comienzos del otoño de 1774. Interesado en resaltar la importancia de la ceremonia de recepción de los embajadores en Santiago y las manifestaciones de lealtad de los indígenas hacia el monarca, el gobernador Jauregui manifestaba en coloridos términos que los caciques habían pedido:

«se les diese para la entrada a esta ciudad una bandera de paz con cinta azul y cruz en el hierro del hasta en señal de la perpetuidad de las pazes y a la verdad que, en mi concepto y en del común de los hombres experimentados y de juicio de este Reyno, solo ahora se pueden tener por ciertas, firmes e inalterables, a causa de conseguirse con este establecimiento tener a la vista y como rehenes a unos caciques que por sangre y poder tienen enlace y se hallan binculados con los de mayor valimiento de sus Naciones, que dan con ello las mejores ofrendas y los mas abonados fiadores de la tranquilidad y seguridad del Reyno, por no ser permisible que los querran dejar expuestos en tiempo alguno a que padezcan los efectos de indignación de los Españoles si intentaran la menor hostilidad o invasión...»¹¹³

La ceremonia de instalación de los embajadores combinó el pragmatismo hispano con las expresiones de pompa y las marcas de estatus que contribuían al acrecentamiento del prestigio de los jefes indígenas en el seno de la sociedad tribal. Interesado en resaltar las funciones de los embajadores a los ojos de criollos e indígenas, el gobernador decidió entregarles medallas y cadenas de plata

«para que trayendoles al cuello sobre el vestido sean característica de su titulo, le sirva de distinción de los demás, y de reconocimiento a los Españoles, para que se abstengan de irogarles o inferirles la mas leve injuria solas (sic) graves penas que quedaran reservadas a mi arvitrio y proporción; con el propio efecto de tenerlos gratos y distinguidos se señalaran tambien en los vestidos por considerar que todo ha de influir mucho a la complacencia de los genios (sic) (indios) y a que sucesivamente quieran disfrutar los mismos honores y distinciones, satisfechos de nuestra sana intención y de que solo se procura que se mantengan en paz, en nuestra amistad y todo lo que pueda servir a beneficio de sus naciones...»¹¹⁴

¹¹³ Ibid.

¹¹⁴ Ibid.

Finalmente, en un gesto que no dejaba de ser simbólico proviniendo de un agente del monarca borbón, el gobernador dispuso que los embajadores fuesen acomodados en los patios del Colegio de San Pablo, que perteneció a los jesuitas expulsos. Esta medida fue tomada, manifestó Jauregui,

«por su comodidad y proporciones muy adecuadas y adaptadas a este destino como por ser uno de los mas inmediatos a mi habitación y cautelar de esta suerte sus vejaciones, haciendose al mismo tiempo mas fácil su personal ocurrencia a esta capitania general siempre y cuando lo necesiten o quieran»¹¹⁵

La designación de los embajadores fue una innovación sustancial en el sistema de relaciones que mantenía el reino de Chile con sus antiguos enemigos de Arauco. Jauregui no ignoraba que la gran mayoría de las familias patricias contaban entre sus antepasados cautivos, mártires y héroes que perdieron sus vidas en el Flandes Indiano. La vigorosa respuesta patriota que motivaron tanto el malón de Curiñancu en 1765 como la guerra general de 1769 desmotraban, de otra parte, que el temor hacia los guerreros mapuches continuaba latente y que muchas heridas aún no cerraban. A ello debía sumarse el menosprecio y la arrogancia de los criollos que pretendían desconocer el legado racial de sus antepasados indígenas y el resentimiento que les causaba la política «dadivosa» que se desarrolla desde Madrid hacia los Infieles. Teniendo en cuenta la reacción negativa que podría causar la entrada de los embajadores a la capital del reino, el gobernador informó a través de un bando a los vecinos la importancia que se atribuía a los lonkos y dispuso serias penas de azotes, destierro y pecuniarias para aquellos que insultaran a los embajadores. El tenor del bando, en su acápite central, dejaba además en evidencia la seriedad con que Jauregui asumió la instalación de los representantes mapuches:

«Don Agustín de Jauregui, Caballero del Orden de Santiago del Consejo de S.M., Mariscal de Campo de sus Rles. Extos., Gor. y Capn. Gral. de este Reyno y Presidte. de su RI. Audiencia Por quanto han llegado a esta ciudad los Casiques Embajadores de sus Respective Butalmapus, o Naciones con otros Casiques, sus conductores y varios Mosetones, a ciertos importantes fines del RI. Servicio y de la causa publica, debiendo por lo mismo ser tratados con amor y respeto del común de los vecinos y moradores estantes y habitantes en ella, sin que de obra ni de palabras se les haga o irrogue la menor vejación o injuria por leve que sea para que la estimación y el agrado les inspire el conocimiento de la satisfacción que deben tener los españoles, y de que todos anhelan la paz y tratarlos con humanidad siempre que

¹¹⁵ Ibid.

acrediten fidelidad y la debida subordinación al Rey Ntro. Señor y a los que mandan en su real Nombre, como lo están manifestando en lo presente: Por tanto debia de mandar y mando que ninguna Persona de cualesquiera calidad, condición o estado que fuera se atreba a injuriar con palabras o demostraciones de menosprecio a los referidos caciques y mosenos (sic) y mucho menos a ofenderlos de obra, o causarles el menor daño en sus personas y bienes, so pena que si fuese plebeyo el injuriante o agresor, habra de sufrir la de doscientos azotes al pie de la horca, y de diez años de destierro presisos a la Ysla de Juan Fernandez, trabajando interim se proporcione su Despacho a aquel destino en el de la obra de la Asequia de Maipo, y si fuere español, la de igual destierro y multa pecuniaria a mi arbitrio, sin que sobre ello se admita, ni pueda admitirse recurso»¹¹⁶

En síntesis, el proyecto de establecer embajadores que representaran en la capital del reino los intereses de las tribus libres de la Araucanía fue pensado hasta en sus últimos detalles. Prestigio, legitimidad y status se combinaban con la pompa y las comodidades que requerían dichas funciones; aún más, los embajadores indígenas tendrían acceso directo al gobernador, quien les brindaba la protección y garantías acostumbradas a los agentes de naciones vecinas. La imagen no dejaba de ser pintoresca pero la seriedad política de la institución no estaba en duda: finalmente se aceptaba la existencia independiente de los habitantes de la Araucanía. A partir de la derrota hispano-criolla de 1769-1771 en las fronteras del Biobío y el nuevo cuadro geopolítico que generó la invasión británica contra las Islas Malvinas, las autoridades imperiales dieron el paso crucial de reconocer formalmente la posición especial de pehuenches, llanistas, arribanos, costinos y huilliches en el seno de la monarquía hispana a cambio de su apoyo militar en caso de una invasión de ultramar o de serias rebeliones internas.

En un prematuro balance de su gestión política en la frontera, Jauregui manifestaba, un año después de haber asumido su cargo, que había logrado el nombramiento de los caciques embajadores, que se habían eliminado los asaltos y malocas indígenas contra las haciendas de La Laja y que se habían reintegrado las milicias a sus faenas agrícolas cotidianas. Asimismo, observaba el gobernador

«no aprobe que se diese auxilio de ellas (milicias) al cacique don Agustín Curiñancu para invadir su contrario Ayllapan como había pedido, y de que parece no distaba la Junta de Guerra de la Concepción, haciendome cargo que sobre los indispensables costos que

¹¹⁶ «Bando de Buen Gobierno relativo a los Caciques Embajadores de sus Respectivos Butalmapus que han llegado a la Ciudad, 6 de abril de 1774», Archivo Nacional, Fondo Varios, vol. 111, ff. 50-51.

demandaba este auxilio, era dar causa a los Yndios a infringir los tratados de paz, supuesto que no hubieran declarado su intención contra los Españoles, y que la intentada guerra era entre ellos y que aun cuando se entendiese su animo y la invasión de las plazas se debía esperar algún conocido indicio que no dijiese duda de su maquinación...»¹¹⁷

Enfrentado a los diversos dilemas que surgían del mundo de la frontera, el agente del monarca borbón optó por consolidar la política de pacificación y de no-interferencia en los asuntos indígenas iniciada por su predecesor Morales. Para la metrópolis y sus representantes era cada vez más evidente que el conflicto que subsistía con las tribus mapuches en la región del Biobío no contribuía en nada a los intereses de la monarquía; concluían que por el contrario, la guerra hispano-araucana era un constante drenaje de recursos fiscales, y que exponía los flancos menos defendidos del imperio a las ambiciones territoriales de los enemigos de ultramar. Por sobre todo, comenzaba a quedar claro que el antiguo Flandes Indiano ya no era más la épica entre los conquistadores extremeños y los aguerridos soldados de Arauco, sino más bien una curiosa guerra entre vecinos que esporádicamente se trasformaban en enemigos. La dialéctica no oscilaba ya más entre la guerra y la paz, sino entre la intrigas, las manipulaciones y los intereses de los hispano-criollos, cuyos esfuerzos se orientaban a mantener artificialmente el clima de tensión e intranquilidad para preservar las posiciones de poder e influencia que habían conquistado en el pasado en el manejo del gobierno regional.

En la Araucanía, durante los primeros años de la década del 70, el problema no lo constituían los europeos ni sus afanes de conquista, sino los ulmenes, caciques, capitanejos y mocetones que articulaban alianzas regionales para consolidar sus respectivas posiciones de prestigio y poder. Era cierto que el ejército imperial era una amenaza siempre latente contra la autonomía y la libertad tribal, la permanencia de sus admapus, costumbres y estilos de vida, pero real estaba en sus propios rehues y asumía para la mayoría de los indígenas el nombre de Ayllapangui de Malleco. En 1774, el peligro de la guerra para los mapuches ya no provenía de los ejércitos imperiales, sino de los propios indígenas; era la consecuencia contradictoria del auge y apogeo del cacique arribano. Convertido en toqui o jefe supremo de los guerreros de los cuatro butalmapus durante la confrontación hispano-araucana de 1769-1771, el lonko de Malleco garantizó la vida del liderazgo tribal en 1771 y se convirtió en la contrapartida de los lonkos que negociaron la paz de 1772. Afianzado en su alianza con los cacicazgos piemontanos de Mulchen, Tromen y Chacaico, Ayllapangui logró extender su influencia hacia los tolderios pehuenches del afamado Huegnir y, aparentemente, forjó una alianza con los guerreros de Leviant. Por sobre todo, en un momento en que los hispano-criollos de Con-

¹¹⁷ «Jauregui a Arriaga, 31 de Marzo de 1774, MM., vol. 192. f. 201.

cepción continuaban desarrollando planes militares destinados a quebrar el poderío tribal y vengar las humillaciones de la década del 60, el lonko de Malleco mantuvo a sus conas movilizados y dispuestos a quebrar la frágil paz forjada en los parlamentos. Su actitud ambigua y poco predecible, sumada a su innegable capacidad para negociar pactos intertribales, fue finalmente reconocida por las autoridades de Santiago que rehusaron apoyo militar a Curiñancu. Más significativa que su transformación en uno de los nuevos interlocutores con el gobernador Jauregui, fue el impacto que tuvo la actitud rebelde de Ayllapangui en la elaboración del proyecto de embajadores. En este sentido, como en 1771, Ayllapangui entregó a todas las tribus una victoria formal, que sin derramar sangre, estableció un precedente único en el continente. [Las agrupaciones indígenas situadas al sur del Biobio recibían por el fin el trato de naciones sometidas al imperio, pero no sujetas a las determinaciones del gobierno de Santiago o Concepción.]

La creación de un nuevo butalmapu en la región oriental de la Araucanía que combinara segmentos Ilanistas y pehuenches quedó propuesto, pero no resuelto. Sin embargo, la carrera hacia la consolidación de Malleco como uno de los cacicazgos poderosos de la Araucanía, fue coronada con la designación de uno de los sobrinos de Ayllapangui en el puesto de paje de embajador entre los representantes enviados a Santiago. El toqui también podía sentirse orgulloso de lo que había conseguido para sí mismo. Después de su viaje a las tierras de Leviant y de vuelta en su rehue, Ayllapangui demostró estar conciente de su nuevo status. Describiendo una entrevista que mantuvo con el lonko de Malleco, el comisario de Naciones manifestó:

«no tuvo el pudor Ayllapan de (decir) que si el Señor Presidente era fuerte, también él lo era...»¹¹⁸

¹¹⁸ «Balthasar Gomez a Sematnat,, 11 de enero de 1774», *MBA*, vol. 2, f. 660.